



Recull de relats curts  
de la categoria  
**Personal de TMB**

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

# Índex

<b>Pròleg</b>	3	<b>Túrurut</b>	40
<b>Universos en trànsito</b>	4	<b>Lua y Mercedes.</b>	42
<b>El pañuelo rojo</b>	6	<b>Las almas viajan en Teleférico</b>	44
<b>El pañuelo azul</b>	8	<b>La llegenda del Telefèric...</b>	46
<b>El pañuelo negro</b>	10	<b>Viatge màgic amb Telefèric</b>	48
<b>Records perduts</b>	11	<b>Bon viatge</b>	49
<b>Destino a la carta</b>	13	<b>La certesa</b>	51
<b>Aquí abajo</b>	15	<b>El retrat</b>	53
<b>Més enllà de l'últim metro</b>	16	<b>Heus-la aquí.</b>	55
<b>La Rata</b>	18	<b>Viaje a la niñez</b>	57
<b>Autobús al laberinto</b>	20	<b>La niña que soñaba en azul</b>	58
<b>Vull anar a París</b>	22	<b>Tres quilòmetres de cel</b>	60
<b>Els navegants del meu trajecte</b>	24	<b>Ningú</b>	62
<b>Atenció: tancant portes!</b>	26	<b>Un balcó de Girona</b>	63
<b>Ulls de guineu</b>	28	<b>Sistema nervioso</b>	65
<b>Perdre-ho tot</b>	30	<b>Un canvi de vida</b>	67
<b>Fa temps que hi penso</b>	31	<b>Mi mañana en el bus</b>	69
<b>El último tren</b>	33	<b>La platja</b>	70
<b>Can See Clearly Now</b>	35	<b>Gràcies senyor Martí!</b>	72
<b>Cualquiera diría</b>	37	<b>Otro mundo</b>	74
<b>El aburrido y el "pieza"</b>	38		

# Pròleg

El recull de relats que acabeu d'obrir aplega una quarantena d'històries que professionals de **Transports Metropolitans de Barcelona** heu escrit per al concurs de **Relats Curts de TMB 2026**.

Aquest certamen literari, que enguany ha arribat a la dinovena edició, és un espai obert a la creativitat i a la mirada diversa de la ciutadania i les persones treballadores de TMB. L'única condició és que una part de l'acció es desenvolupi o estigui relacionada amb el transport públic de la nostra organització. A l'edició d'enguany hem rebut 40 relats que, amb sensibilitats, estils i experiències molt diferents, ens conviden a llegir el món, la ciutat i el transport públic des de perspectives personals i originals.

Els textos que trobareu aquí no parlen de transport: parlen de les persones que hi treballen i de les que es mouen en metro, en autobús, en AMBici o en telefèric; reflecteixen els seus records, pors i anhels; barregen ficció i realitat, quotidianitat i imaginació, humor i melangia. Són relats nascuts entre torns, trajectes o estones trobades entre la rutina del dia a dia. Les històries estan signades amb pseudònim, tal com les reben els membres del jurat, i entre elles està la persona guanyadora d'aquesta edició.

Coincidint amb Sant Jordi, hem volgut compartir aquests relats publicant-los en format de recull. És una manera de celebrar la cultura, fomentar l'expressió escrita i reconèixer la participació de professionals de TMB, que ens fa especial il·lusió.

Gràcies a totes les persones que us heu animat a escriure i a compartir les vostres històries. Els que no ho heu fet, recordeu que l'any que ve tindreu una nova oportunitat.

Celebrem la Diada de Sant Jordi i la creativitat que es mou amb TMB.

**Mónica Peinado**

*Directora de la Fundació TMB*

## Universos en tránsito

Camino absorto por el andén, como un autómatas que repite una órbita conocida.  
Mismas caras girando a mi alrededor: mi pequeño universo de amigos desconocidos.  
¿Dónde estará aquel señor mayor al que llevo sin ver dos semanas?  
¿Estará bien?  
No le conozco, pero su ausencia es como un eclipse inesperado.  
La chica joven —la que imagino que va a la universidad— sí está. Hoy parece preocupada; quizá tenga un examen.  
Subimos al vagón. Nuevas pantallas, más información... pero el mismo recorrido de siempre, como un ritual orbital silencioso y repetido.  
Ellos no son conscientes, ni deben serlo, del trabajo invisible de tantos profesionales para que, cada pocos minutos, llegue un tren sin demora.  
Nuestro universo rueda sin que nadie mire el engranaje.  
Las vidas siguen: preocupaciones, alegrías, pequeñas batallas invisibles.  
Me siento e intento leer, pero la tentación del móvil es difícil de resistir. Miro alrededor: la mayoría está igual.  
Nadie se mira, nadie se aburre, nadie parece pensar.  
Sigo pasando revista a mis extraños familiares.  
La madre con su hijo pequeño, hoy con ojeras de noche turbulenta.  
Los dos hombres de mediana edad que van al trabajo en silencio, el cansancio del obrero pesándoles como si fuera gravedad.  
El grupito de chavales que ríe y grita, todavía libre de las cadenas y cicatrices de la vida adulta.  
Pasan las paradas.  
Mis casi extraños se despiden, uno a uno, en su coreografía diaria.  
Va llegando mi hora. Me toca bajar, cambiar de universo.  
Salgo a la calle: hace frío todavía, pero se agradece ver la luz de primera hora.  
Otro ambiente.  
Otros compañeros anónimos.  
En la parada del autobús, muchos trabajadores humildes camino de los polígonos industriales: silencio, cansancio, dignidad.  
Me subo; sin suerte, voy de pie.  
Quedan pocas paradas para llegar al inicio de otro día laboral.  
El eterno retorno del día a día y del trabajar por, y para, poder desplazarme con libertad.  
En una de las paradas aparece un compañero.  
Él no es una sombra anónima; su presencia rompe la inercia.  
Hablamos un poco.  
A estas horas, cualquier gesto humano parece un destello.  
Se vacía el autobús; casi llegamos.  
Todos los desconocidos de mi historia habrán llegado a su destino.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Cada uno, un universo entero que jamás conoceré.  
Y, sin embargo, sin ellos, mis mañanas serían menos vivas.  
Cada uno es digno de protagonizar este relato o incluso un libro.  
Me bajo del autobús. El trayecto termina.  
Mañana repetiremos la coreografía.  
Y espero de verdad que ninguno de mis compañeros de constelación diaria falte a la cita.  
Porque incluso los desconocidos sostienen, sin saberlo, la forma de nuestro mundo.

**Pasajero.**

# El pañuelo rojo

El sol primaveral de marzo siempre le traía a Julia olor a sauco y a pino, un aroma que le transportaba a la infancia en aquel pueblo del Mediterráneo que tuvo que dejar hace ya demasiado tiempo.

Ahora, a sus 81 años, una de las cosas que más le fascinaba de Barcelona era contemplar los puestos de bicicletas eléctricas. Le entusiasmaba verlas alineadas perfectamente, como si fuesen a salir corriendo todas a la vez. Le hacía gracia ver esas furgonetas que parecían de juguete y que las transportaban de allá para acá de forma anárquica. Pero si algo admiraba Julia, era que “los que llevan el metro y los autobuses”, también eran los que organizaban todo aquello.

—¿Cómo lo hacían? — se preguntaba con frecuencia.

Cuando veía todas aquellas bicis cerraba los ojos y, por un instante, se transportaba a su niñez. Recordaba como si fuese ayer los Reyes de su doceavo cumpleaños. Había pedido, sin mucha fe, una bicicleta. La imaginaba con una cestita, igual que una que montaba Shirley Temple y que vio en una revista en casa de su tía.

Aquella mañana del seis de enero, encontró en el salón un pequeño paquete envuelto en papel de periódico. Cuando lo abrió, descubrió un precioso pañuelo rojo con flores blancas.

—Las niñas no van en bicicleta. Se pueden caer y hacerse daño — dijo su madre en un tono entre cariñoso y compasivo.

Aquel trozo de tela con flores, si bien era un regalo delicado y maravilloso, se convirtió para Julia en el símbolo de su deseo frustrado. Representaba el anhelo que nunca tuvo y, por ello, cada vez que su madre le obligaba a ponérselo, lo aborrecía más.

Poco tiempo después, se sumergió en una vida donde “no había tiempo para tonterías”: la casa, los hijos, su marido. Siempre sintió que le faltaba algo cuando veía a la gente sobre dos ruedas.

Aquella cálida mañana iba a ser diferente. Su nieta Mar le había prometido que iba a hacer realidad su sueño.

—Ven, ¡acércate abuela! — Julia se aproximó insegura al tótem de la estación. Mar desbloqueó una de las bicis eléctricas con su móvil y, al instante, la máquina emitió un ligero pitido, como un “¡bienvenida al club!”.

Nerviosa, notó al principio sus piernas pesadas por la falta de práctica y por el miedo infantil a caerse. Muchos años atrás, su primo le había enseñado a montar un verano que coincidieron en el pueblo. Fue la única vez que había tenido la oportunidad de ir en bicicleta apenas durante día y medio. Ya casi ni lo recordaba.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Al dar la primera pedalada, el motor eléctrico le dio el impulso suave que necesitaba. Nunca se había subido en una de ellas, pero sentía que el pequeño ingenio le daba la fuerza que ya no tenía y pudo por fin, cumplir su sueño.

El aire fresco le daba en la cara, tal como lo había imaginado a los doce años. Ya no había pañuelo rojo, solo el viento y el sonido de las ruedas sobre el asfalto. Se sintió niña otra vez. Se sintió dueña de su tiempo y de su espacio y ya nada ni nadie iba a poder impedirselo.

**Ángel Rafael.**

# El pañuelo azul

El calor del andén contrastaba con el viento helado de los pasillos de la estación de María Cristina. Para Albert, esa sensación era sinónimo de prisa, trabajo y de café para llevar.

Un día, sin saber cómo, ella subió al tren con un violín a la espalda y un pañuelo azul atado al cuello. Al instante, Albert se vio atrapado por la intensidad de su mirada. Era imposible apartar la vista de aquellos ojos turquesa que rivalizaban con el pañuelo.

Durante dos semanas coincidieron. Ella bajaba en Liceu y él continuaba hasta Diagonal, pero el corazón de Albert se quedaba tres estaciones atrás. A veces, mientras ella leía algún libro, él disimulaba que echaba un vistazo a las noticias del móvil mientras se preguntaba cómo sería, que le gustaba, cuál era su color favorito.

El amor en el metro, como en toda Barcelona, es rápido, pasional y casi siempre efímero. Albert temía que ella fuera solo una aparición, un fantasma que en cualquier momento desaparecería.

Un martes, el tren se detuvo bruscamente entre Tarragona y Espanya. La luz parpadeó y la oscuridad lo invadió todo. La gente protestó en voz baja. Ella, sin embargo, sonrió nerviosamente. Albert, armado con una valentía que descubrió en ese momento, se sentó a su lado.

—El metro a veces falla —dijo ella. Tenía una voz suave, cálida, acentuado por un tono que a Albert le transmitió una dulzura que le envolvió de inmediato.

—O quizás es una señal para que la gente hable entre sí —respondió él, señalando su móvil apagado.

Ella, sin darse cuenta, se presentó: Ona. Estudiaba en el Conservatorio Superior, estaba preparando un concierto que iba a dar en el Liceo y le confesó que el pañuelo era un regalo de su abuela. Albert le comentó que se acababa de graduar en arquitectura, aunque estaba en prácticas en un estudio de la calle Rosselló.

Hablaron durante los diez minutos que el tren estuvo parado. Charlaron del amanecer desde el Tibidabo, de los suizos de la Granja Viader y de cómo el metro de Barcelona es todo él, una ciudad subterránea. Albert sintió que aquellos minutos se aceleraron hasta parecer segundos. Solo deseaba que el tiempo se congelara.

Cuando volvió la luz y se reanudó la marcha, las estaciones pasaron como una exhalación.

—Me bajo en la siguiente —dijo Ona, poniéndose de pie.

—Espera —le dijo Albert desesperado. Percibía que aquel momento se le escapaba irremediablemente—. ¿Te gustaría tomar un café otro día? —

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Ona dudó un segundo y con una sonrisa pícara sacó su móvil. Cuando llegaron a Liceu, apenas dio tiempo a que ella anotase el número de Albert. Ona salió y se perdió entre la multitud que se desperdigaba por el andén. Él suspiró, mirando cómo las puertas y aquel momento tan especial se cerraban tras de sí.

Las siguientes semanas no coincidieron. Desolado, Albert pensó que aquel encuentro nunca había pasado. Incluso llegó a creer que lo había soñado.

Pocos días después recibió un mensaje: —El mejor reencuentro siempre es con la persona de la que nunca te quisiste despedir. ¿Nos vemos? —

**Ángel Rafael.**

# El pañuelo negro

El traqueteo de aquel tren de la Línea 3 era el único sonido constante en la mente de Yasmina. Apenas llevaba cinco meses viviendo en Barcelona, pero sentía como si todavía no hubiese salido de su ciudad natal. Sentada en el vagón, con la mirada clavada en la oscuridad del túnel, Yasmina se ajustó su pañuelo negro, ya no por obligación, sino por inercia, por un miedo irracional que se le había clavado sobre la piel como un tatuaje invisible del que le era imposible deshacerse. Ella era matrona, y en su nueva ciudad limpiaba oficinas a sus cincuenta y siete años.

El metro iba lleno. A su lado, una pareja de adolescentes se besaba sin pudor y reían mirándose el uno al otro. Enfrente, una mujer de negocios tecleaba su portátil. Yasmina sentía una envidia amarga. Ella también había podido ser esa adolescente enamorada, esa mujer de negocios libre en sus decisiones, pero desde niña su vida siempre había sido sinónimo de sometimiento y terror.

En su casa del barrio de Gracia tenía aquel diploma que tanto le costó conseguir escondido dentro del armario. Aquí no valía nada. Cuando al principio intentó buscar trabajo en su campo, las respuestas siempre eran las mismas: “su titulación aquí no vale”, “idioma”. O ese tono condescendiente que tanta rabia le daba cuando le decían sin tapujos: “buscamos a alguien más joven”.

Su marido era un capítulo pasado. Si ella regresaba, sería repudiada para toda su vida, no tenía vuelta atrás.

En la estación de Diagonal, el vagón se llenó. Una niña se sentó junto a Yasmina y la observó con curiosidad. Ella sintió el impulso de sonreír, de conectar, pero bajó la vista. Tanta injusticia vivida le imponía inconscientemente el silencio para evitar que te denunciasen por cualquier causa estúpida.

El tren paró en Fontana. Mientras un grupo de turistas entraba hablando en voz alta, ella vio su reflejo en la ventana. Lo que vislumbró fue una persona con la mirada de una anciana. La marginación de la mujer en su país no era solo la falta de derechos, también era la desolación de tener que dejarlo todo atrás para vivir en un lugar que te mira con indiferencia.

Bajó en Lesseps y caminó hacia la salida sintiendo el peso de la mochila que le recordaba su oficio actual, un trabajo que ella no había elegido. Al subir las escaleras mecánicas hacia la superficie, miró a su alrededor y observó que las mujeres que pasaban delante de ella caminaban firmes y seguras. Fue entonces cuando se percató de la suerte que tenía porque, a diferencia de tantas personas conocidas que ya no estaban, la vida le estaba brindando una segunda oportunidad.

Como un acto reflejo, se soltó aquel pañuelo negro y lo guardó en el bolso. Aunque sintiese su alma enjaulada, aquí al menos el aire era libre. Justo en ese momento se dio cuenta de que, por fin, no pertenecía a nadie.

## Records perduts

En Roc era un fotògraf amateur. Als seus 54 anys, cada diumenge pujava en bicicleta a Montjuïc per agafar el telefèric i fotografiar Barcelona des de l'aire. Li encantaven els paisatges aeris, però els gaudia més si eren de la seva ciutat. No se'n perdia cap detall i, mentre esperava per enlairar-se, fins i tot immortalitzava els gestos i les cares expectants dels visitants. Una tarda, mentre revelava les últimes fotos, es va adonar que, en segon pla, sempre hi apareixia un home. En totes, sortia amb una boina negra, un vestit clàssic però elegant i uns cabells blancs, potser massa llargs per la seva edat. I, també en totes, portava una mena de llibre fosc sota l'aixella.

Encuriós, el diumenge següent es va proposar trobar-lo en persona. Volia observar-lo de prop i, arribat el cas, ja veuria si li diria quelcom. Com podia ser que no se'n adonés de la seva presència? En aquella ocasió, en Roc va escollir anar amb funicular fins al Parc de Montjuïc i, després de donar tombs per les instal·lacions del telefèric, el va veure entrar. Anava vestit igual i no deixava ni a sol ni ombra el seu enigmàtic llibre. Mentre l'home contemplava les modernes cabines —successores de les petites cistelles vermelles— en Roc l'observava d'amagat. Tot seguit, el desconegut va fer mitja volta i va pujar a l'autobús 150. Es va aturar al carrer Lleida i va anar a fer un cafè. En Roc el va seguir i va asseure's en una taula on podia vigilar-lo d'incògnit. De cop i volta, va rebre un missatge al mòbil. Sense saber quants minuts havien passat, en aixecar el cap l'home misteriós havia desaparegut. Va alçar-se i va escorcollar el bar amb la mirada. Ni rastre. Quan ja era a punt de sortir al carrer, va reparar en el llibre, oblidat damunt la taula. Sense pensar-s'ho, en Roc el va agafar i va marxar a corre-cuita.

Ja a casa, el va obrir i es va quedar parat: no era un llibre, era un àlbum de fotografies dels primers trens del Gran Metropolità de Barcelona. Algunes eren imatges en blanc i negre, atapeïdes de persones a les estacions de Catalunya, Aragó, Diagonal i Lesseps. En Roc es va emocionar. Cada instantània era un tresor. Sens dubte, li havia de tornar al seu amo. Segur que n'era part important de la seva vida. Així que, setmana rere setmana, en Roc el va buscar sense èxit. Se li va ocórrer preguntar al bar d'on va agafar les fotografies, però la majoria dels cambres no li van proporcionar cap dada rellevant. Abans de marxar però, algú li va donar un copet a l'esquena.

—Perdoni, sé que està buscant el senyor Gimpera. Fa dies, em va donar aquesta nota per a vostè —va dir-li l'únic cambrer a qui en Roc no havia preguntat. Li va donar les gràcies, va sortir al carrer i va començar a llegir:

“Eres molt petit quan venies amb el teu avi Agustí a la parada de Catalunya, i jo us venia el bitllet perquè poguéssiu viatjar. Aleshores, estaves entusiasmat amb els combois del metro, però encara no sabies que t'agradaria la fotografia. Quan rebis aquesta carta, jo ja no seré entre vosaltres. Per això, vull regalar-te alguns dels meus records i convidar-te a que no oblidis les estones que vas viure amb el teu avi quan anàveu en metro”.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

A en Roc se li va fer un nus a la gola. Ara recordava el senyor Gimpera, aquell amic del seu avi que sempre li esvalotava els cabells quan arribaven a la taquilla. I, ara, sense saber el perquè, aquell home li feia el millor regal de vida: esperonar-lo a reviure records amagats, que s'havien anat esvaint amb el temps.

**Cuca de Llum.**

## Destino a la carta

El conductor abrió las puertas del H2. Aún no había terminado su tiempo de descanso, pero hacía tanto frío que le sabía mal que la gente estuviera fuera esperando.

El último en subir fue Mikel, un niño de trece años que, como cada día, se despidió de su madre con un beso y subió solo al autobús para ir al colegio.

—¡Buenos días! —dijo el niño.

—¡Buenos días, joven! —contestó el conductor.

—¿Hasta dónde te lleva este autobús? —preguntó, curioso.

El conductor, tirándole de la lengua, le contestó:

—Este autobús te puede llevar a donde tú quieras.

El niño sonrió y dijo:

—¿Qué dices? ¿Cómo que dónde yo quiera?

—Pues eso, donde tú quieras. ¿Adónde te gustaría ir?

—¡Jajaja, venga ya! ¡Estás bromeando! —exclamó el niño.

—No no, no es broma. Prueba y verás. Pide por esa boquita.

—Pues me gustaría ir... ¡A la Luna!

—¡No no no, espera espera! ¡Llévame a Hollywood! —añadió.

—Y también quiero ir... ¡Al hospital más grande del mundo!

—Bueno bueno, para para para —interrumpió el hombre—. Me vas a volver loco.

Tienes que decidir a cuál de ellos quieres ir primero.

—Pero antes quiero que me cuentes: ¿Por qué quieres ir a todos esos sitios tan diferentes?

—Pues porque quiero viajar muy muy lejos, y la luna está muy lejos ¿no?

—Ya lo creo que está lejos. ¿Y después?

—Después... no, después no. También quiero ir a Hollywood, pero para hacer una película de superhéroes. Mi madre dice que mi abuelo era un superhéroe.

—¡Anda, no me digas! —dijo el conductor, haciéndose el sorprendido.

—Pero primero, quiero ir al hospital más grande del mundo —terminó diciendo el niño.

—¿Y eso?

—Porque de mayor quiero ser de los que arreglan las cosas.

—Ah, ¿quieres ser médico?

—Sí, eso: médico. Médico del hospital más grande del mundo. Para que nadie se quede solo esperando.

—Pues claro, qué bien, no había pensado nunca en eso. Pues nada...

¡Vamos allá! —exclamó el hombre al tiempo que arrancaba el autobús.

—No te muevas, quédate aquí al lado mío. Yo te avisaré cuando lleguemos —le dijo el conductor.

El niño se quedó allí, sin moverse y sin decir ni una palabra. Sabía que no debía hablar con el conductor mientras conducía. Pero su esfuerzo le costaba estar callado.

Emocionado y soñador, permaneció allí, junto al conductor, pensativo. Sin darse cuenta de que el autobús seguía la misma ruta, invariable, de cada mañana.

Al llegar a la parada cercana al colegio, el conductor le avisó:

— ¡Su parada, joven!

— ¿Cómo que mi parada? ¿Y el hospital?

— Esta es la primera parada de ese gran viaje, muchacho. Todos esos sitios a donde quieres ir, empiezan aquí — dijo el hombre.

— Pero...

— Ya sé que no me crees, pero es así — insistió el conductor —. Tienes que creerme: estudia con ganas y llegarás a donde tú quieras. Piénsalo.

El niño se quedó parado, sin saber qué decir. Por su cabeza pasaron pensamientos de todo tipo. Se sentía desilusionado, engañado... Pero, por otro lado, sentía que sí, que podía ser verdad, y quería hacerlo.

— ¡Vamos! ¿A qué esperas? ¡Que es para hoy!

El niño lo miró un instante a los ojos, muy serio. Se giró y, sin decir nada, bajó todos los escalones de un salto.

Y antes de cerrar las puertas, el viejo conductor le gritó diciendo:

— ¡Joven!

— ¿Qué? — contestó girándose, el chaval.

— ¡Disfruta del viaje!

**Vedija.**

# Aquí abajo

Bajar al metro es como entrar en un cuento. Hay un momento en que dejas el mundo de arriba, el ruido de la calle, la luz del sol, el aire fresco, y entras en un mundo que tiene sus propias leyes. El aire es más espeso, la luz artificial, todo suena diferente, y luego el olor... Huele a pasado, a hierro, a piedra, a memoria; como si los trenes, al pasar, arrancaran historias antiguas de entre las traviesas y las piedras. Hasta el tiempo obedece otras reglas. Hay veces que pasa muy deprisa y otras, en cambio, parece que se detenga. Llega un momento en que ya no sabes qué hora es, ni qué sucede en el exterior. Pero no importa.

Aquí abajo pasan cosas que no pasan ahí arriba. Compartes viaje con gente que procede de lugares muy diferentes, que habla diferente, camina diferente y vive diferente. A veces solo intercambias con ellos un “buenos días”, un olor, una mirada o ni siquiera eso. Y otras, de repente, como si el traqueteo del tren aflojara algo en ellos, te cuentan toda su vida en un par de estaciones.

Aquí abajo, las historias se escriben sin descanso, minuto a minuto, día a día, mes a mes, año a año. Algunas empiezan y acaban el mismo día, otras apenas duran un instante, lo que dura un suspiro o una mirada furtiva. Y otras duran meses, años, o toda una vida.

Cada viaje en metro esconde una historia digna de ser contada y, sobre todo, digna de ser vivida. Historias de amor y de amistad. Historias de recuerdos y de olvidos. Historias de tristeza y de alegría.

Así que abre los ojos, el olfato y todos los sentidos. El viaje comienza una vez más. Aunque tomes el mismo tren, en el mismo lugar y a la misma hora, algo será diferente. Siempre lo es. Yo me encargo de eso.

Cada mañana, cuando bajo las escaleras, ficho, agarro las llaves y los bártulos del tren, me dirijo hasta él, lo reviso de arriba a abajo y lo pongo en marcha. Siento que formo parte de algo maravilloso. Siento que al llevar el tren de estación en estación, cada día, estoy ayudando a crear nuevas historias. Historias que no necesitan papel ni tinta. Historias que se escriben en el aire, entre una estación y la siguiente, y desaparecen sin dejar rastro. O quizás no. Quizás esas historias se quedan aquí abajo, impregnadas en las paredes, esperando.

**Vedija.**

## Més enllà de l'últim metro

El so de la línia 5 té un eco especial quan la nit arriba a la seva fi. És un «pi-pi-pi» rítmic i despietat. Com a agent d'estació, aquest xiulet és el meu senyal per començar el ritual del tancament; per a qui corre pel passadís, en canvi, és el so d'un naufragi.

Vaig sentir uns passos que baixaven les escales de tres en tres, just quan el peculiar brunzit d'arrencada de la sèrie 5000 trencava el silenci. El passatger es va aturar en sec, es va portar les mans al cap i va dibuixar al rostre una expressió d'autèntic patiment. L'últim tren s'allunyava, engolit per la foscor del túnel.

M'hi vaig apropar amb la clau a la mà i, sobretot, amb un somriure. En aquests moments, quan els llums comencen a apagar-se, una cara amable és l'única cosa que separa un usuari de la desesperació.

—He perdut l'últim... —em va dir, amb la mirada de qui se sent atrapat—. I no tinc bateria al mòbil. No sé com tornar a casa.

Em va donar l'adreça: un carrer llunyà que, a aquelles hores, sembla situat en un altre continent. En aquell instant, la meva tasca va deixar de ser tancar portes per convertir-se en guiar aquell home desorientat. Vaig treure el telèfon de l'empresa, vaig consultar les combinacions del NitBus i, en veure la seva confusió davant de tants transbords, vaig buscar un bolígraf. En un tros de paper qualsevol, li vaig anotar el número del bus, la parada exacta i el recorregut que havia de seguir en baixar.

—M'has salvat la vida! Moltes gràcies per ajudar-me —va exclamar, prement el paper contra el pit com si fos un tresor.

Mentre l'acompanyava cap a la sortida i girava la clau per tancar l'estació, vaig prendre consciència de la importància de la nostra feina. No només tanquem estacions; en la profunditat de la nit, som els únics acompanyants de qui s'ha quedat a les fosques. La nostàlgia de l'estació buida es va omplir, de sobte, amb la calidesa de la seva gratitud.

De cop, un clàxon va interrompre la meva reflexió: el tren de personal ja era allí. Vaig mirar el rellotge; anava quatre minuts tard. Per a qualsevol poden semblar pocs, però al metro quatre minuts són un món. Vaig baixar corrents a l'andana i, en entrar al vagó, em vaig trobar les cares impacients dels meus companys i companyes, que comptaven els segons per plegar. Tanmateix, en veure'm entrar amb aquell somriure d'orgull, l'ambient va canviar. Els seus rostres es van relaxar i, encomanats per la meva energia, em van preguntar què m'havia passat.

Va ser llavors quan vaig entendre una cosa fonamental: l'actitud és l'eina més potent que portem a sobre. Sovint pugem al tren de personal amb el pes del cansament, però un sol somriure —una bona cara— té el poder de transformar l'ambient. Els meus companys, que feia un minut només pensaven en el rellotge, ara compartien amb mi aquella petita experiència.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Durant el tancament de les portes, vaig sentir que aquell optimisme viatjava amb nosaltres pel túnel. En arribar a casa, me'n vaig anar al llit amb la satisfacció de saber que, en algun punt de la ciutat, algú caminava segur gràcies a un petit mapa improvisat. Demà tornaran el «pi-pi-pi» i les presses, però jo ja sé que, encara que tanquem estacions, mai no hem de tancar la porta a l'empatia. Perquè, al cap i a la fi, el que realment mou la ciutat no són només els trens, sinó l'actitud que cadascun de nosaltres decideix posar al servei dels altres.

**Llibre.**

# La Rata

La rutina me devoraba. En aquella época bebía tres latas de Red Bull por noche. Estaba asignado a la estación de Congrés como brigada antigrafiti. Lo de brigada era un decir. Era solo yo, con mi linterna, mi walkie y mis chocolatinas.

Una noche mi vida cambió. Fui a la cabina a cargar mi teléfono. Al volver al andén, mi mochila estaba abierta. Los plásticos mordisqueados de mis chocolatinas marcaban un rastro hacia el túnel.

- Agente 10.67 a centro de control. Cambio.
- Centro de control a la escucha. Cambio.
- Posible intruso en túnel. Cambio.
- Autorizado a bajar a vías e inspeccionar la zona. Cambio y corto.

Bajé las escaleras y resoplé. Mi estado de forma era lamentable. Linterna en mano, avancé sobre el balastro y, a medida que me adentraba en el túnel, distinguí una luz tenue.

Provenía del burladero, que no era tal. En su lugar, había una puerta. La claridad al otro lado se filtraba por las rendijas. La abrí.

Entonces la vi. Una criatura enorme. Y peluda. Tanto que tenía los ojos hundidos en el vello. La cola, grasienta, parecía una sucesión de neumáticos apilados, del más grande al más pequeño. Se acercó, envolviéndome en su sombra.

- ¿Qué pasa, compí? —me dijo.
- ¿C, co, compí? —balbuceé.

La criatura se apartó. Aquello no era una cueva. Era... una oficina. Di un paso atrás. Estaba construida con desechos: cáscaras como asientos, una señal ferroviaria por mesa, un panel de vigilancia con pantallas agrietadas de teléfonos móviles.

En una pared, un mapa del metro dibujado sobre billetes caducados y trozos de pegatinas. En otra, luces parpadeantes alimentadas por baterías viejas y cables ruidos.

Y allí estaban.

Ratas.

No como uno se las imagina.

Perfectamente uniformadas. Sentadas observando, coordinando un mundo paralelo.

—Bienvenido al centro de control —dijo la jefa.

No supe qué decir.

Una de ellas giró levemente sobre su cáscara y la miró.

—Supervisora: víveres de Congrés asegurados —dijo, apartándose unos auriculares ruidos.

—¡CÓDIGO ROJO! Brigada del agua inminente en Camp de l'Arpa —gritó otra.

Todas empezaron a murmurar y a moverse con nerviosismo.

La rata gigante tomó el mando. Se colocó los auriculares y dijo:

— Ponme la imagen y amplíala. Equipo: se acerca una plaga de bípedos. Regresen a la base. No hay tiempo que perder. Repito: abandonen su posición.

Yo no podía apartar la mirada. Mi linterna, aún encendida, parpadeaba contra el suelo.

La jefa se giró hacia mí. Me miró de arriba abajo. Luego otra vez de abajo arriba. Tomó nota en un bloc hecho de recibos de los pasajeros. Señalando el mapa de la pared, dijo:

— Cada línea, cada estación... de todo hay dos versiones. La vuestra y la nuestra. Y créeme: la nuestra funciona mejor. La pregunta es: ¿qué haces tú aquí?

— ¿Yo...? Yo tengo que volver.

La rata negó con la cabeza mientras sonreía.

— ¿Y no has pensado en cambiar de trabajo?

**Basil.**

# Autobús al laberinto

El autobús derrapa. Por megafonía, una voz aguda, mal sintonizada, anuncia: «Señores pasajeros, ¡vamos a chocar!». Matilda se aferra a los reposabrazos. El conductor mira al frente con media sonrisa, ajeno a todo.

Vuelan levemente. Matilda echa la vista atrás: dos hileras más allá, un anciano con su bastón. Al fondo, una mujer con un vestido de flores pintadas con rotulador. Ninguno dice nada.

«Próxima parada: Glòries. ¡Aquí sube papá!». Algo no encaja. La megafonía proviene de afuera.

Frenazo. Los pasajeros se inclinan en perfecta sincronía. La puerta parece abrirse. Un hombre recorre el pasillo. Avanza encorvado. Es de otra escala.

De entre todos los asientos libres, el hombre va a sentarse a su lado. Matilda echa mano al bolso, por hacer algo. Remueve dentro, primero suavemente y después con urgencia.

—¿Pero dónde está? —dice sin querer.

—¿Todo bien? —pregunta el hombre.

—Sí, gracias —dice Matilda, pero el hombre no aparta la mirada—. El dinosaurio de mi hijo. Lo tenía aquí. Se me habrá caído en algún frenazo.

Matilda se agacha a mirar debajo del asiento. Una mano se posa en su hombro.

—No se preocupe —dice la mujer del vestido de flores—. Los juguetes nunca se pierden, solo juegan a esconderse. En mi clase tienen vida propia.

Buscan por todo el autobús. Intentan reclinar los asientos pero el plástico se resiste. Abren los portaequipajes. No ceden. Los empujan, tiran de ellos. Los golpean con el bastón. No hay manera. El hombre alto busca donde solo él puede alcanzar. Nada.

Matilda se sienta, derrotada, y se echa las manos a la cara.

—Tome —dice el anciano, alcanzándole un pañuelo—. Hágale un favor a este abuelo: si la veo llorando, yo también lloraré.

La voz del anciano la serena. Tras secarse las mejillas, encuentra de nuevo la mano esperándola. No tiene una sola arruga.

—Y tome esto también. Es para su hijo. Puede que haya perdido su dinosaurio, pero no hay tristeza que no arregle un caramelo.

El autobús da una sacudida. Los pasajeros vuelven de golpe a sus asientos. El hombre alto se vuelve hacia Matilda y sonríe.

«Próxima parada: El Laberinto. ¡Argos, es tu turno!», anuncia la megafonía, entrecortada.

Otro frenazo. Nadie entra. O eso cree Matilda, hasta que ve aparecer, correteando por el pasillo, un perro gris y peludo. Se le acerca jadeando. Matilda lo acaricia y nota algo en su boca. Allí está, lleno de babas, el dinosaurio de su hijo.

—¡El dinosaurio de Mateo! —grita.

—Buen chico, Argos —dice el hombre alto—. Hasta el próximo viaje, Matilda.

Matilda sigue mirando el dinosaurio. Lo aprieta contra el pecho. Cuando levanta la vista, el asiento está vacío. No queda nadie. Ni el abuelo, ni la maestra. Ni siquiera el conductor. El volante se mueve solo. Por las ventanas, el paisaje empieza a desdibujarse. Matilda apoya la nariz contra el cristal. Tras el parpadeo de luces y sombras: la silueta de un niño.

El autobús se detiene.

Suena la megafonía una última vez, con otra voz, más nítida que antes:

«Mateo, cariño, recoge el autobús, los muñecos y el resto de juguetes y ponte la mochila. Papá te está esperando abajo. No te olvides de Dino. Nos vemos el lunes, ¿vale? ¿Le das un beso a mamá?».

**Girondo.**

# Vull anar a París

París, la ciutat de l'amor, de la llum, de la bohèmia i l'avantguarda... allà on diuen que tot comença i tot acaba.

No crec en l'alienació eterna ni en les promeses grandiloqüents, però sí que crec en la màgia del moment i en l'efecte de les sensacions instantànies. Per això crec que París serà el meu lloc.

Sé que el tarannà parisenc pot semblar distant i seriós d'entrada, però confio en que la meua naturalesa mediterrània porti la calidesa suficient perquè el meu viatge sigui una experiència de relacions efímeres, tan intenses com significatives.

M'imagino arribant al centre de la ciutat amb la línia 14 del metro. La veig com una dama elegant vestida de lila, silenciosa i moderna, tan futurista com la nostra línia 9, però més directa, més insistent - ja que té més freqüència - i també més cara, més descarada. És la femme-fatale de les línies.

La Navigo Easy no és un títol de transport gaire simpàtic: si bé és anònima, que ja és una mica el que vull trobar en aquesta ciutat, és més freda i distant. M'agradaria que el seu disseny em convidés, que s'oferís a acompanyar-me, que em fes dir "Salut París" de la mateixa manera que nosaltres diem "Hola Barcelona".

Transitaré en bus pels carrers antics, per les històries i per la barreja de perfums i veus de la ciutat. Aquí les línies s'identifiquen amb números, designats a través d'un sistema lògic i curosament estructurat, potser massa complicat de desxifrar per la meua ànima romàntica... Res a veure amb la de la nostra H d'horitzontal, però també d'harmonia, d'horitzó i d'hàlit, o la nostra V de vertical però també de vicle, de vida o de violeta. I què me'n dieu de la nostra D de diagonal? però també de desig, de delit, de dolçor.... Des de la lírica de la xarxa de bus de Barcelona miraré de viatjar amb una visió més literària. Em mouré poèticament amb la massificada línia 60, que em portarà al pintoresc Montmartre o amb la sorollosa 75, que pel Pont Neuf em portarà al Quai du Louvre, l'epicentre de l'art.

I l'arquitectura, i l'art les estacions històriques... Afortunada París de tenir tot un museu sota terra. Friso per visitar la cúpula de l'estació Palais Royale, l'entrada d'art nouveau de Palais Douphin, o els frescos de la Revolució Francesa de l'estació de Bastille. Ja em veig asseguda a l'andana, tancant els ulls i somiant una història d'amor entre els cartells centenaris del Metropolitain de París i el Gran Metro de Barcelona: "- Bonjour madame, el meu nom és Rivoli i voldria que em concedís aquest valset de Debussy. - Encantada, el meu nom és Urquinaona".

I la innovació, i el coneixement de la tecnologia puntera de dues xarxes de metro de referència mundial. Qui sap si se m'aproparà un parisenc ben plantat, amb pantaló i americana gris, que quan em digui "Alò, je suis de la RATP", i jo li contesti "Hola, jo sóc de TMB" emprendrem plegats un viatge per estacions futuristes des de Pont de Bondy fins a Llefià.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

I és que, un cop ets GenTMB, la teva visió a l'hora de viatjar canvia per sempre. Per més que ho intentis i vulguis desconnectar a les vacances, és impossible obviar la nostra pertinença al món del transport públic. Inevitablement comparem i portem per bandera dels nostres transports i serveis de Barcelona arreu.

Evidentment que vull anar a París per visitar la Tour Eiffel, Notre Damme o el Louvre. Aquesta narració podria ser tan infinita com ho és la meva il·lusió, però el relat d'empleada d'aquest concurs de relats té els caràcters comptats i voldria dir massa coses.

**Sadolitx.**

# Els navegants del meu trajecte

És un quart de set del matí i és negra nit. Al bar de sota de casa estan apujant la persiana i la Puri arriba del forn amb el pa del dia. Creuem el nostre somriure enèrgic, que ja tenim molt entrenat, i accelero el pas carrer amunt, perquè vaig una mica justa.

Al bar del costat de l'estació de Lesseps, a la sortida de Pàdua, els treballadors amb granota groga riuen al voltant de les bromes de la noia moníssima del monyo pèl-roig. Sempre porta els rínxols recollits amb bandanes alegres descoordinades amb el color de l'uniforme i té un caràcter molt obert. No la conec, però em cau bé. Al costat hi ha el "casi-guapo": així he batejat al noi que cada matinada fa el cafè fora del bar. M'encanta el seu estil "estudiadament deixat", però el seu posat insípid de no agradar-li matinar no l'acaba de deixar ser guapo del tot. Al meu pas, apaga la cigarreta i comença a baixar les escales amb parsimònia, tot vestit de negre, despentinat i mirant al terra amb la motxilla a l'esquena. Mai entendré com solem arribar a baix alhora si jo sempre vaig de pressa, saltant els graons de dos en dos, i ell va tan tranquil. Tot un misteri.

Quan sóc a l'andana en direcció Zona Universitària he de decidir si anar cap al frontal o cap a la cua del tren en funció de l'hora: si arribo amb prou temps a Paral·lel, sortiré per Nou de La Rambla i agafaré el 21 a l'inici de la línia, així m'asseguraré un bon seient. Si vaig més justa, sortiré per la Ronda de Sant Pau i esperaré el bus davant del Teatre Victòria. És més intens, però viure la matinada al Paral·lel és una experiència antropològica interessant. M'agrada contemplar el despertar real de la ciutat des de la línia on el desenfrè de la nit es creua amb la monotonia de jornada laboral.

Però tornem al metro: si vaig cap al principi, trobo el senyor gran dels auriculars enormes i la motxilla amb mil xapes que amenaça amb la mirada a qui gosa apropar-se a la primera porta de tren. El deixo sentir-se "el guardià de l'andana" i no li presto atenció. Si vaig cap a la cua, comparteixo espai amb la senyora que sempre em repassa inquisitivament des del banc de pedra. De vegades li somri cínicament per fer-li saber que l'he enxampat i incomodar-la.

Un cop dins del tren, el primer que faig és buscar l'Uli amb la mirada. Amb els seus xandalls amb marques ben visibles i olor de suavitzant, les seves vambes blanquíssimes i el seu tupè canós, l'Uli mai perdria el 21. Ho té tot controlat. Si trobo l'Uli, tinc assegurat arribar al 21 de les 6.40 h. L'he anomenat així inspirada en Ulisses, ja que en la nostra odissea del 21, ell viatja impertèrrit i segur. Tinc la fantasia que si mai vaig a un tardeig dels 90, que fa molt per l'Uli, me'l trobaré allà i el convidaré a un beure d'agraïment.

La Puri, la noia de la bandana, el casi-guapo i els antipàtics de l'andana, capitanejats per l'Uli, són els navegants del meu trajecte, de l'hora més estressant del meu dia. Ells són els meus rellotges humans, els marcadors amb ànima, les meves referències

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

temporals en el trajecte en metro des de casa fins a la parada del 21 per arribar a ZFII. Amb ells tinc relacions fugaces continuades. Junts habitem els mateixos silencis compartits. Mai hem parlat i segurament alguns d'ells ni m'han vist, però amb el temps, jo m'hi he encarinyat.

Gràcies als meus navegants no miro rellotges ni apps. I és que, tot i treballar en canals digitals, considero més fiables les rutines humanes que la tecnologia.

**Sadolitx.**

# Atenció: tancant portes!

Aquesta història és tan real com ho és la recança que em fa explicar-la, però crec que, sent GenTMB, bé mereix ser compartida.

Abans de començar, he de confessar-vos que sempre m'han enamorat les veus. Un parlar greu i rotund que destil·li carisma em captiva molt més que l'aspecte físic o una brometa fàcil amb finalitat seductora. Dit això, comencem:

Eren les quatre de la matinada d'un dissabte de Carnaval en un poble de mar. Jo tenia dinou anys i no em perdia cap festa. L'ambient de la discoteca bullia.

Em trobava ballant esbojarradament amb els amics quan, de sobte, tot es va aturar al meu voltant, i en el meu camp de visió només hi havia un bruixot, que s'atansava a mi amb pas decidit des del mig del garbuix. Era molt alt i lluïa un barret platejat i punxegut. La barba blanca i llarga li tapava tot el rostre excepte els ulls, d'un turquesa tan intens que realment semblaven màgics. No sé què em va dir a cau d'orella, només sé que a la segona frase vaig decidir que seria l'home de les pròximes dècades meva vida.

Els següents anys van passar entre trobades casuals, promeses impossibles, missatges encriptats, confessions d'amagat i també alguna maniobra furtiva. Per a ell, jo era una escapada d'aire fresc. Per a mi, ell era l'emoció i el toc de misteri que li mancava a la meva vida. Jo vivia a Barcelona, però continuava passant els caps de setmana al poble. Teníem amistats i espais comuns, i aquella tensió incòmodament còmoda ens era relativament fàcil de sostenir.

Però de sobte, sense saber el per què... res. Ja no ens trobàvem pel carrer, ja no coincidíem als bars, ja no sabíem res l'un de l'altre, excepte per les xarxes socials. No obstant, la seva veu seguia sonant a les falques de ràdio i als anuncis de la tele. Fins i tot l'havia sentit al supermercat anunciant l'oferta del dia. D'una manera o altra, ell sempre acabava apareixent.

Un dia, anys després, em va arribar un missatge al mòbil: "Escolta, m'han dit que s'emet una locució meva als autobusos de TMB, en saps alguna cosa?". Aquell dia vaig agafar el bus sense posar-me els auriculars. Instants després de validar, un "Atenció, tancant portes" va ressonar des de la megafonia del vehicle fins al fons de la meva ànima. A la següent parada, quan la veu captivadora va tornar a sonar, la vaig registrar i l'hi vaig enviar en un àudio com a resposta. Dos segons més tard, ell em va respondre amb l'encanteri que ho canviaria tot: "Atenció, obrint portes a la noia més guapa de TMB".

La història va continuar com us imagineu: viatges, concerts, platges, excursions i tardes de peli i manta. També nits de copes, sopars amb amics i, fins i tot, àpats familiars. Ja no ens havíem d'amagar de ningú, ja teníem el que suposadament sempre havíem projectat. Estàvem tan contents al principi... sí... heu llegit bé... al principi.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Fora de la clandestinitat ja no hi havia aire fresc, ni misteri. Ja no hi havia màgia, ja no hi havia conte. A més, les nostres realitats eren totalment diferents i els nostres estils de vida eren irreconciliables. La distància tampoc ajudava. Allò no era el que jo volia.

I va arribar el meu torn de dir-ho. No em va ser fàcil, però tampoc massa difícil. Vaig agafar aire, vaig tancar els ulls i em vaig somriure per dins. Em va sortir sol: “Atenció, tancant portes a l’ahir, obrint portes a l’avui”.

**Sadolitx.**

## Ulls de guineu

Aquell dia semblava com qualsevol altre. A la mateixa hora de sempre, a la mateixa parada, amb la mateixa jaqueta blau marí, prement amb les dues mans el mànec del bastó, en Josep esperava el bus 59. Aquell dia, però, no era com qualsevol altre.

El conductor, quan es va detenir i va obrir portes, es va quedar parat. Amb la mirada, ben encuriolit, observava els moviments lents i calculats d'en Josep com si busqués esbrinar alguna cosa que se li escapava. I es que, per primera vegada en seixanta-tres anys, en Josep viatjava sol.

—Bon dia tingui, Josep.

La salutació cordial que cada matí li dedicava el conductor va caure en el silenci. En Josep va alçar la mirada i no va respondre. L'home va substituir l'habitual conversa breu que mantenia amb el conductor per una llòbrega expressió i un gest tant subtil amb el cap que gairebé va semblar un espasme.

Durant tot el trajecte, assegut al costat del passadís, amb la mirada posada a l'altre costat de la finestra, en Josep estava absort. Si li haguessin parlat a l'orella, si li haguessin passat pel damunt per seure al seu costat, o, fins i tot, si li haguessin donat un cop de colze, no se n'hauria assabentat.

—¡Senyor Josep! —el conductor es va fer escoltar en tot el bus—. Senyor Josep, és la seva parada.

Era aviat, no hi havia gaire trànsit i el bus anava en hora, així que el vehicle va romandre així, quiet, durant uns segons, amb les portes obertes.

—¡Senyor Josep! —va insistir el conductor.

Va ser aleshores quan el senyor Josep va despertar del seu encantament, va mirar cap endavant, allà on el conductor continuava amb el braç en alt assenyalant la sortida.

—No, avui no —va contestar.

Desconcertat, el conductor va tancar portes i va reiniciar la marxa amb el convenciment que necessitava una altra resposta.

—On va avui, senyor Josep?

En Josep, sense desviar la mirada de més enllà de la finestra, va respondre:

—Al final.

—¿Al final?

—Al final —va tornar a dir.

Quan van arribar a l'última parada, en Josep va baixar del bus. Palplantat davant el pas de vianants, va aixecar la vista. El conductor, que ja havia tret una cigarreta i es disposava a encendre-la, encara el mirava. Sense veu, amb els llavis, li va dir

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

«molts ànims», i en Josep no sabia si allò el reconfortava o li feria encara més l'ànima. Després, va mirar a ambdós costats, com si no sabés on era. De seguida, però, va creuar el pas de vianants i va enfilarse carrer avall. A l'entrada, una discreta creu llatina li va donar la benvinguda. Es va senyar i va empènyer la porta de ferro forjat. A l'altra banda, després de travessar una plaça enjardinada, va arribar a un camí ample amb xiprers a les vores. A mesura que avançava, les cames li feien figa. Ja en tenia, de dolors a les cames. Sovint li feien mal els genolls i perdia l'equilibri —per això duia un bastó—, però aquella feblesa era diferent.

Assegurant bé els peus a cada passa sobre el paviment irregular de pissarra, en Josep va arribar a un punt on es va aturar. Davant seu, a cinc pams del terra, va llegir un nom que el va fer estrènyer els llavis.

Ell no plorava mai, deien. El més fort de la família, fred com el gel. Ell sabia que no era veritat. Si més no, ho va comprendre en aquell moment.

—Què faré ara, petita? —va dir en veu alta. Les llàgrimes li queien per les galtes, humitejant-li la barba de tres dies—. Jo, tot sol, no em veig capaç de fer res. Ni de tornar a pujar al bus. Ja veus quina ximpleria —aleshores va riure, sentint-se idiota—. Què faré sense els teus ulls de guineu?

**Josep.**

## Perdre-ho tot

No ho podia suportar. La pell em bullia i suava per tots els porus i el cap em ballava com si dibuixés un infinit al meu voltant. El cor, com una olla a pressió, bategava tan ràpid que, tot i estar asseguda, em costava respirar. Davant meu, més enllà de l'andana, sentia passar els trens a la velocitat dels avions, de dreta a esquerra i d'esquerra a dreta, i el soroll que provocaven em feia esfereir.

I així vaig estar una estona, només el rellotge sabia quanta, dins una boira densa que ho feia tot més borrós i més confús fins que una força que devia ser aliena a mi em va fer aixecar-me i donar tres passos endavant. Aleshores, dins el meu cap, ressonaven cops de tambor, un darrera de l'altre, formant una melodia que no havia escoltada mai però que em va resultar familiar. I vaig tancar els ulls i vaig fer cruixir les dents. Tot seguit, una brisa calenta, ofegada, que venia a batzegades, em va acaronar sencera. A la meva esquerra, sense que jo el pogués veure, un altre tren s'apropava il·luminant tènueament el túnel. Aquell so estrident, metàl·lic, era inconfusible. I jo, dempeus, ajuntant amb força les parpelles, recta i rígida com una estaca, amb els punys tancats i les cames juntes, vaig prendre una decisió. Una decisió que em faria perdre-ho tot.

Vaig obrir els ulls. Era a terra, estirada boca amunt, amb desenes d'ulls immensos que em miraven. Notava la fredor de les rajoles de pedra de l'andana a les mans i mirava el sostre. Era un sostre trist, apagat. O potser era jo que no era capaç de veure-ho d'una altra manera.

—Som aquí, no et preocupis —va dir una veu que no coneixia.

—Estigues tranquil·la —va dir una altra. En aquell moment, algú em va agafar una mà i la va col·locar entre les seves. Gairebé no vaig notar la seva escalfor—. Tot sortirà bé, bonica.

Jo, espantada, vaig intentar moure'm. Aquelles mateixes mans i algunes altres m'ho van impedir, però vaig insistir. Volia assegurar-me que tenia tot al seu lloc.

—No et moguis, sisplau.

I no em vaig moure més.

—Te'n recordes del què ha passat?

La pregunta em va agafar lluitant per omplir els pulmons. Em vaig adonar que em faltava l'aire, i la pressió que exercien sobre mi les mans encara m'angoixava més, i devia fer una cara estranya, perquè de seguida es van apartar i em van concedir l'espai que necessitava.

—Bona feina —va dir una altra veu, llunyana i bromosa, com si sortís de mi mateixa o de la meva consciència—. Bona feina, Esperança. Has estat molt atenta i l'has salvada.

—Moltes gràcies.

—No, gràcies a tu per ser-hi —va tornar a dir aquella veu—. Això no ho oblidarà mai. Us asseguro que no ho he oblidat.

**Esperança.**

## Fa temps que hi penso

Aquell matí de dissabte, quan entràvem a l'estació de metro de Navas, encara tenia al cap la conversa que havia tingut a casa amb la meva germana. Ella i jo érem molt sincers. A vegades, massa i tot. Ens havíem fet alguns retrets, ens havíem queixat de la feina i del món en el que vivíem. També, però, havíem reflexionat sobre el nostre futur. Precisament en aquell punt, jo havia expressat el meu desencís. No trobava res que em motivés. I així li vaig dir: «tu tens l'escalada, el senderisme i totes les derivades de la muntanya. Però jo, què tinc? No faig res, Mireia». El silenci d'ella, tant estrany, va ser revelador i em va semblar punyent com una daga, però no li vaig retreure.

Després de validar el nostre títol, vam fer-nos a un costat per evitar topar amb els que pujaven les escales. Jo, encaparrat, encara hi pensava. «No faig res, Mireia». A l'andana, vam seure al banc i vam romandre en silenci. Mentre ella mirava cap a la via, jo feia memòria. Volia recuperar del passat quelcom engrescador que hagués fet de petit. Per algun motiu, allò va passar a ser una prioritat.

—Saps què m'ha vingut al cap, ara? —em va interrompre ella els pensaments.

—A veure —vaig fer jo.

—Hi ha un concurs de relats breus organitzat per TMB. T'hi podries presentar —em vaig quedar mirant-la, sense parpellejar, com si no hagués entès el que acabava de dir o esperés que es posés a riure. Ella era molt bromista i acostumava a treure'm de polleguera amb anècdotes inventades i fantasioses que jo, ben sovint, m'empassava—. No em miris així. Com diu el pare, has de provar coses noves.

Després d'escutar-la sencera i no detectar cap signe compatible amb una broma, vaig contestar:

—Em veus capaç d'escriure un conte que emocionï el jurat?

La teatralitat amb la que ho vaig dir, movent els braços d'un costat a un altre de manera exagerada, va fer que la Mireia arrufés el nas.

—No ho facis, això.

—El què?

—Fer tonteries per tal de desviar l'atenció. Ho fas quan t'atabales.

No podia negar-ho. La Mireia i jo érem bessons i era capaç d'interpretar tot el que feia, fins i tot el més subtil moviment de celles.

—Escriure, jo? De debò que no em prens el pèl?

L'arribada del metro va aturar la conversa. A aquella hora no hi havia gaire passatge i ens vam asseure.

—Ho dic de debò. Fa temps que hi penso.

—Et veig molt convençuda —ella va fer que sí amb el cap—. Aleshores, hauràs pensat ja en una història.

—No et passis —va riure—. Això et toca a tu. T'asseguro que és una boníssima idea per expressar el que sents. He llegit que l'escriptura ha ajudat a molta gent. Ho recomanen els psicòlegs.

—Tu mai has anat a un psicòleg.

—Miquel —em va reprendre ella amb cara de jutge.

Jo vaig callar. Ara, però, el silenci era diferent. Era un silenci menys incòmode. Jo meditava sobre el que m'havia proposat i ella es va posar a mirar el mòbil. Al cap d'una estona li vaig fer una petita estrebada al jersei per a que em mirés.

—Podria escriure una història d'amor, d'aquelles romàntiques en que es troben dues persones al bus, es miren i s'enamoren. Com la Cristina i jo, que ens vam conèixer camí de la Universitat.

—Aleshores, seria autobiogràfica?

—No ho fa tothom, això?

—No n'estic segura —va dir—. Potser sí. Si més no, una mica. Però...

—Què?

—No és massa clixé?

Aquella pregunta em va fer rumiar. Potser sí que era un clixé, però ho era precisament perquè hi havia molts casos.

—I no vols dir, Mireia, que escriure com a teràpia no és també un clixé?

—I si, després d'això, mai no deixes d'escriure?

**Pèricles.**

# El último tren

Al final de esta historia él se muere. No es una historia divertida, es una historia de amor.

La primera vez, él corría detrás de ella y ella corría delante de él porque perdía el último metro y porque pensaba que el chaval que la perseguía le quería robar.

Ella subió en el último metro. Él solo tuvo tiempo de lanzarle el monedero que se le había caído a la chica antes de que se cerraran las puertas. El monedero se quedó dentro y él se quedó fuera.

Ella se quedó con cara de idiota porque pensaba que le querían robar la cartera... y lo que le robó aquel chico de ojos verdes fue el alma. Él se quedó solo, con su perfume en el aire. No se olvidaron el uno del otro, nunca.

Aquel año coincidieron todos los días en el mismo metro. No se vieron ni una sola vez: ella, sin despertar del todo, de camino a su trabajo en el hospital, y él pegado a sus apuntes de Derecho, cada uno en un vagón.

Un año después, él encontró trabajo en la misma universidad. Mismo tren, misma hora, de lunes a viernes. No se vieron ni un día.

Él se casó, se separó y no volvió a verla hasta unos años después. Él subía con su hijo en el teleférico de Montjuïc. Ella bajaba en otra cabina con su prometido, que en plena bajada al mundo real se arrodilló y le presentó un anillo. Él no la reconoció, pero al cruzarse con tan empalagosa escena sintió una punzada en el corazón.

Por azares del destino, coincidían siempre en el metro. Él subía por una puerta, ella bajaba por otro vagón. Ella levantaba la vista del libro; él se perdía haciendo scroll en el móvil. Él sentía su perfume en el ambiente... y, cuando se giraba, ella se acababa de bajar. Se intuían, se sentían, se percibían... y nunca se encontraban...

Cuando ella cambió de hospital y empezó en una clínica de adicciones, él salía por otra puerta después de haber vencido a las drogas por segunda vez...

Cuando él fichó como abogado especializado en divorcios, ella firmaba el suyo en el despacho de al lado.

¿Estadística? ¿Destino? Ya entrando en los cincuenta, se encontraron en el mismo vagón.

A ella se le cayó el monedero. Él lo recogió.

Él sonrió y la miró a los ojos. Ella olía muy bien, pero no era el mismo aroma. No iban a pensar ustedes que iba a utilizar el mismo perfume durante treinta años. Ella no llevaba las gafas. Él intentó decirle que tenía la sensación de conocerla de algo. Ella, sin ganas de relacionarse más que con la pantalla de su móvil, le sonrió, le dio las gracias, se puso los auriculares y le ignoró.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Él se sintió idiota, se dio la vuelta y salió del vagón en el último momento. Fue entonces cuando se dio cuenta de que todavía tenía el monedero en la mano. Se giró y se lo lanzó antes de que se cerraran las puertas. Y lo recordaron todo. Todas las veces que se habían cruzado en el metro. Su perfume. Su mirada. Y se dieron cuenta de que él era él y ella era ella. Él puso la mano en el cristal de la puerta. Ella puso la mano al otro lado. Se miraron como idiotas, con las bocas temblorosas. No dio tiempo para más. Él perdió el tren. Ella también. Ella decidió volver cada día a esa estación. Él murió aquella noche. Le tocó, dijo el doctor. Un infarto... con el corazón roto. No digan que no les avisé.

Ella se pasó meses buscándolo... hasta que volvió a perderse en la pantalla de su móvil, dando likes a frases motivadoras sobre aprovechar el tiempo y vivir la vida, esperando a que su oportunidad volviera a entrar por la puerta del vagón de metro.

¿Y usted?  
¿También ha perdido su tren?  
No se preocupe.  
En tres minutos viene otro.

**Lavrinenko.**

# Can See Clearly Now

Un... suave.

Dos... sensual.

Tres... contagioso.

Cuatro... soul.

Lleva el ritmo con el pie. Sube el sonido de su walkman. Mira al suelo.

Como un escalofrío imparable, la música asciende sin prisa, por las rodillas hasta las caderas.

No quiere bailar. No puede bailar. Se contiene.

El ombligo se convierte en centro de expansión.

Es el piano.

Es el bajo.

Es la batería marcando el compás.

Es el alma de la cantante que le sube por la espalda.

Le erizan la piel. Le suben hasta la nuca.

Y se deja llevar.

Cierra los ojos. Sonríe.

Mueve la cabeza. Mueve los labios.

Nadie escucha su voz.

La música fluye.

Sin dejar de mover los labios, abre los ojos un instante para saber cuántas estaciones le quedan hasta su destino.

Las miradas se cruzan. Rubor en la cara.

Alguien que se esconde tras un libro observa su momento de éxtasis.

Sonríe, asiente y se prepara para bajar del vagón.

Aquel primer encuentro se convierte en una deseada rutina. Cada mañana, un baile de miradas al son de música invisible inunda el vagón de metro. Y nadie más lo sabe.

Pasa las páginas del libro con cuidado, hace anotaciones en los márgenes a lápiz, mira al techo, asiente, vuelve la página, revisa lo leído, busca entre la gente aquellos labios que susurran palabras de amor en silencio. Sonríe cuando los encuentra. Asiente, parece que sigue el ritmo de la música. ¿Se lo está imaginando? ¿Están bailando? Anota algo en el libro. Sonríen, cantan, leen.

No pasó más de un mes.

Quizás fue la música, quizás el amor. Se acerca sin miedo entre la gente, al compás del soul, como si una banda sonora le diera fuerzas. El cuerpo tiembla. Saca un marcapáginas casero, con notas musicales dibujadas y con su número de teléfono anotado a bolígrafo.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Su presencia es arrebatadora. Su boca canta en silencio, como un susurro.  
Sonríe sin dejar de mover la cabeza al compás de un soul ligero.

Un... suave.

Dos... sensual.

Tres... soul.

Cuatro... contagioso.

Acepta el regalo, lo lee, se sonroja, le devuelve la sonrisa y contraataca con una cinta de casete de 90 minutos con lo mejor del soul y una nota:

Gracias. No sabía lo que era la música hasta que te conocí. La cinta me la grabó un amigo.

Cierra el libro. En la portada se puede leer el título: "El arte de leer los labios."

Se pasaron la parada. No se dijeron nada. Se miraron como idiotas.

De eso hace treinta y cinco años.

Ahora siguen moviéndose en metro. Lo hacen para ir a trabajar o porque tan solo quieren estar juntos de nuevo en el lugar en el que se conocieron; la felicidad está en los detalles. Cualquier excusa es buena. Ya no es un walkman, es Spotify, pero la música le hace mover los labios en silencio con la misma pasión. Apoya la cabeza en su hombro, sube el volumen, fisga lo que está leyendo. Los libros siguen siendo de papel y el vicio de anotar en los márgenes continúa. Nunca ha oído una sola nota. Aun así, sabe exactamente cuándo empieza el soul.

La música fluye. Las letras bailan. El metro avanza. La canción también.

**Mickey Haller.**

## Cualquiera diría

Cualquiera diría que le gusta viajar en metro en hora punta. Podría hacerlo en cualquier otro momento. De hecho, no le hace falta desplazarse en transporte público. Ni salir de casa, en realidad. Cualquiera diría que disfruta entrando en el vagón abarrotado para estrujarse entre sus compañeros de viaje con un «perdón», un «gracias» y una expresión alegre. Siempre sonrío. Una sonrisa preciosa, de esas que iluminan a quien le devuelve la mirada o el gesto.

Cualquiera diría que es un desastre porque no tiene horario fijo y, sin embargo, siempre va corriendo de un lado para otro. Se busca un lugar entre la gente, midiendo el espacio justo para no molestar. Lleva siempre una mochila que huele a limón, porque un día se le desparramó por dentro un paquete de caramelos. Dentro hay un paraguas automático, por si llueve; una sudadera, por si refresca; una botella de agua de acero inoxidable, un libro, un cargador, un tupper (unas veces vacío, otras no), unos auriculares rotos, una agenda, una bufanda, una gorra, un libro de autoayuda, un paquete de clínex, un lápiz sin punta, un bolígrafo de seis colores y un montón de papeles arrugados, de esos que se guardan por si acaso y nunca se archivan ni se reciclan...

Lleva la mochila tan cargada que parece que va a estallar. Siempre en la espalda, con las dos asas para equilibrar el peso, excepto cuando entra en el metro. Entonces la deja en el suelo, entre los pies; no quiere molestar. A menudo sujeta entre las manos un vaso humeante, de esos grandes de cartón reciclable, y lo pasea por el vagón dejando en el aire un aroma a café recién molido con toques de vainilla. Cualquiera diría que lo hace para despertar a más de uno y robar alguna sonrisa.

Cualquiera diría que se emociona cuando escucha alguna canción con sus auriculares, los que todavía funcionan. Parece que va a llorar, pero, si cruzas su mirada, su expresión te embriaga. Cuando consigue un asiento, busca entre la gente a quien pueda necesitarlo y se lo cede sin contemplaciones, con orgullo. Intercambia unas palabras, del tiempo, de cualquier cosa amable y, cuando le dan las gracias, se le ilumina la cara, le tiembla la voz.

—De nada.

De repente anuncian su estación y se abre camino entre la multitud para salir al andén, como si buscara un poco de libertad.

Me acerco, me disculpo:

—Tienes la mochila abierta —le digo al pasar.

Me da las gracias... Me mira, sonrío. Puedo sentir la emoción en sus ojos. Creo que quiere decirme algo más, pero no se atreve. Cierra la mochila y vuelve a agradecerme. Se detiene un momento en un banco del andén, tal vez con la excusa de asegurarse de que lo tiene todo. Cuando cree que nadie mira, espera a otro tren y, antes de subir, deja la mochila abierta de nuevo.

**Alan Shore.**

## El aburrido y el “pieza”

Se baten records de pasaje un día sí y otro también, el aburrimiento de un taquillero del metro se rompe fácilmente. Era diferente en la época en la que un pianista de cabaret parisino bajaba al metro y se compadecía del poinçonneur, que tenía la función de validar los billetes. Toda la vida haciendo agujeros, metido en un agujero, hasta que él mismo acabe en el agujero definitivo. Debió parecer un aburrimiento inconmensurable para alguien que de niño se había escondido de los nazis y acabó teniendo un hijo con una nieta de Von Paulus.

Antes de esa pareja, el pianista tuvo muchas novias. Tan sobrado iba, que a Brigitte Bardot le decía, o ella a él, que no quedaba claro, “te quiero..., yo tampoco” y grababa de nuevo la canción con otra, superaba a Bad Bunny en eso y en hacer juegos fonéticos, como los de Le poinçonneur de Lilas,

Pour m’sortir de ce trou où je fais des trous  
Des petits trous, des petits trous, toujours des petits trous.

La letra de la canción concede una escapatoria del aburrimiento al taquillero, que saca el Reader’s Digest de la chaqueta en cuanto tiene ocasión, como saca el móvil un agente de atención al cliente en Virrey Amat un domingo por la tarde y averigua de dónde era virrey, Amat.

Pero el cliente no pregunta por la historia del Perú,

sino por los enlaces de la línea azul, para Hostafrancs en Plaça de Sants, para Bogatell en Verdaguer, los de la canción también riman.

La tarde se puede complicar cuando hay que bajar por persona indispuesta en el tren.

La señora de ochenta y tantos que se ha caído ya espera en el andén, la compañera que conduce puede marchar y una testigo de la caída pide una ambulancia al agente, que la accidentada no quiere.

-Però és que ha s’ha donat un cop molt fort.

-Senyora no serà millor que la mirin?

-No, no tinc res, no vull.

No vol.

La cosa entra en vías de resolución cuando la señora mayor pide si la pueden acompañar a casa, que vive allí mismo, solo tiene que cruzar un semáforo, el agente llama arriba para informar de que va a salir un momento con la viejecita del brazo.

Y es salir a la calle y la señora, que ha estado hablando casi con monosílabos, como una niña que no quiere que le descubran la travesura, explica que ella no es de ese barrio.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

-La meva filla, m'ha fet mudar-me per tenir-me més a prop, perquè tinc una mica de Parkinson, tota la vida he viscut a Rocafort i els diumenges quedo amb les amigues per jugar a la brisca i mentres juguem, prenem una mica de moscatel.

Ja sabia ella perquè havia ensopegat.

-Senyora, els del metro som molt bons, però si fa això millor que torni en taxi.

-Demà si no em trobo bé, truco a la Karina que m'acompanyi al metge, és la meva filla, li vaig posar el nom per la cantant, que m'agradava molt, sobretot aquella que deia

Soy tan solo una muñeca que no sabe de amor, la la, la la, la la la, pouppe de cire,  
pouppe de son

La cançó era d'una francesa que havia guanyat eurovisió, li havia escrit el seu xicot, un tal Sergi..., Sergi...

-Gainsbourg.

-Aquest!, el coneixes?

-M'ha trigat en venir el nom, però sí.

-Però aquest era un peça, tú fas cara de més bon noi, oí?

-Jo soc un avorrit del metro, sort d'aquestes estones, però si guanyo passaré a saludar al company de Porta de Lilas.

-Si guanyes? també jugues a cartes?

-No, coses meves.

-Jo avui he guanyat.

-Ja es veu que va contenta.

-Hem arribat, aquesta és la meva porteria, gràcies per acompanyar-me.

-Bona nit, fácil bondat.

Fica la clau a la primera i entra sense problemas. Torno al "trou".

**Biznieto.**

# Túrurut

Aquell curs de 1982, em creuava diàriament al mateix punt de camí a la universitat amb dues noies, com si fossin part del paisatge. A una d'elles, la Jenni, la vaig conèixer en una festa. Quan ens van presentar vam especular d'on ens coneixíem, però fora del nostre escenari habitual no vam saber situar-nos. L'endemà, retrobats al punt de sempre, es va resoldre el trencaclosques i ja des de sempre ens dèiem bon dia.

El curs següent la Jenni ja no passava per allà, però sí la noia que l'acompanyava. Ens saludàvem amb un somriure, tot i que sola, no sabia ben bé qui era. M'agradava la seva mirada transparent i el ritual d'esperar el seu somriure. Un dia no va aparèixer i em van assaltar pensaments grisos. Només sabia que cada matí, a les 8.45, sorgia al mateix punt del carrer. I si no la tornava a veure? Per què mai no li havia dit res?

L'angoixa es va esvaïr quan em va saludar amb copets a la finestra de l'autobús aturat al semàfor. L'endemà li vaig dir:

—Ahir anaves tard; et vaig trobar a faltar, tot i no estar segur de qui ets.

Va riure:

—Soc amiga de la Jenni; ja ens creuàvem aquí el curs passat.

Aquella conversa va ser el fil que ens va portar a intercanviar telèfons i a teixir un món on vam ser imprescindibles, fins que les nostres vides van agafar camins diferents. El fil entre un desconegut i algú essencial és imperceptible. Fins i tot si es trenca, el viscut ens transforma i deixa un rastre etern en el nostre univers on res no canviarà el meu món, com diu la cançó.

2026

Avui al metro m'he assegut al costat d'una dona que veig cada dia. Una d'aquelles presències sense nom ni veu, que s'integren al nostre paisatge quotidià. Sempre llegeix el mateix llibre, amb un títol curiós: "Tú", amb una fletxa amunt; a la contraportada, "rurut", amb una fletxa avall. Obert, diu "Túrurut". Feia temps que en volia descobrir el misteri: novel·la o manual de trompeta? Avui era el dia.

Per sorpresa meva, la pàgina que "llegia" era en blanc. Vaig mirar-la: ulls fixos al paper, un somriure dolç de tant en tant. Va passar full. També era buit. Com podia ser que jo no hi veiés cap lletra? Tinta invisible? Un angle secret? Què s'hi amagava amb tant de zel?

Una frenada d'emergència va fer caure el llibre als meus peus. En recollir-lo, vaig veure la veritat: dues terceres parts escrites a mà; la resta, un desert blanc. A la contraportada, amb lletra adolescent i tinta blava: «Per a la Jenni. Sant Jordi, 1982». Li vaig tornar, atònit en llegir el nom i la data. I si fos la mateixa Jenni de 1982?

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

—Perdona, gràcies —va dir, amb una veu que va ressonar com l'eco d'una festa llunyana.

No era cap novel·la ni cap manual de trompeta: era el diari d'una vida. Les pàgines plenes eren el passat; les blanques, possibilitats. Aquella Jenni somreia davant del que encara no estava escrit. Potser res no canvia el nostre món, però no deixem mai d'escriure'l.

En arribar a la meva estació, a punt de fondre'm amb la gent, vaig sentir la seva veu darrere meu:

—Escolta... no ens coneixíem, nosaltres?

**Ignasi.**

# Lua y Mercedes.

A lo largo de los años en mi trabajo he conocido buenas y amables personas, pero nadie tan especial como la señora Mercedes y su perrita Lua. Esta es su historia.

Lua tenía dos meses cuando yo la conocí. En esas fechas no conducía trenes, así que estaba en las estaciones, solventando las dudas de los clientes y ayudarles en todo lo posible. Una de las estaciones que más solía frecuentar era la de Fondo.

Una de esas veces que estaba ayudando a un pasajero a comprar su tarjeta, noté como algo me estaba dando en la pierna, me giré y me encontré con la mirada de una cachorrita de labrador. Cuando acabé de atender al hombre me agaché a acariciarla.

–Parece que le has gustado– me dijo una mujer con cara bondadosa que rondaría los sesenta y algo de edad– siempre está buscando mimos, se llama Lua.

Cada poco me los encontraba en la estación y ayudaba a Mercedes, así se llamaba, a comprar su billete, y a acariciar a Lua. Al poco tiempo me comentó que era viuda y que uno de sus hijos le regaló la perrita para que no se estuviera tan sola. Otro día me comentó que le habían detectado algo en una mamografía y que le tenían que hacer una segunda exploración para salir de dudas.

Y así pasaron los años, en total ocho, ya no veía con tanta asiduidad a Mercedes y Lua, ya conducía los trenes y no paraba tanto en las estaciones.

–Iván, hay una señora que pregunta por ti- me comentó la compañera que me relevó del tren– está arriba en la taquilla. Y allí estaba Mercedes, muy deteriorada y agotada de tanta quimioterapia y Lua a su lado, que se puso como loca al verme, hacía medio año que no las veía.

–Quiero que te quedes a Lua- me comentó ella con la voz débil pero firme- sé que contigo estará bien cuidada, eres un buen chico- continuó con los ojos humedecidos- mis hijos no quieren hacerse cargo de ella y a mi no me queda mucho tiempo y cada vez me cuesta más sacarla a pasear.

Al día siguiente fui con Mercedes por la mañana a hacer el cambio de dueño al animal. Ahora Lua ya formaba parte de mi vida, me cambié el turno de trabajo para la tarde, y por las mañanas me llevaba a Lua a la montaña o al río. Luego al recogernos, parábamos un ratito en casa de Mercedes para que Lua la viera. Mercedes cada vez estaba peor, ahora ya requería de una asistente que la cuidaba.

Llegó un día que Mercedes no contestó al timbre, le pregunté a un vecino que salía de su bloque y me confirmó que anoche se la llevaron de urgencia al hospital y que ya no pudieron hacer nada por ella. Como si Lua comprendiera la noticia, ladró durante un buen rato de manera desgarradora, ni mis caricias podían calmarla.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Escribo la historia de Lua, los dos mirando la lápida de Mercedes, solemos venir a visitarla una o dos veces a la semana, después de nuestras caminatas, ahora cada vez más cortas. Han pasado cuatro años desde que Mercedes se fue, Lua es una perra anciana, muy cariñosa y sigue teniendo esa mirada dulce y noble de cuando era cachorrita, pero cada vez le cuesta más caminar y se cansa más rápido.

Sé que en cualquier momento se reunirá con la mujer que la cuidó desde pequeña, la educó y la quiso como a un hijo o nieto más. Yo me siento muy afortunado de que el destino me haya dado su compañía en sus últimos años perrunos, podría decir que los mejores años de mi vida. La vida de un perro es tan corta pero te deja una huella eterna en el corazón, al igual que algunas personas, como Mercedes.

**Ivanhoe.**

# Las almas viajan en Teleférico

El día había amanecido perezoso; el verano era ya sólo un vago recuerdo y los árboles caducos, en otro tiempo vigorosos, mudaban sus hojas advirtiéndome que el cambio, como dijo en su día Heráclito, es cíclico e imparable.

Permanecía sin embargo inmutable la hora de apertura al público; eran algo más de las diez cuando el Teleférico de Montjuïc estaba repleto de gente con esa algarabía y jolgorio que contrastaba con el horizonte hierático y gris. De repente, las voces se atenuaron, y las miradas de los allí presentes, empleados, visitantes, hasta verdecillos diría yo, todas se concentraron en el ir y venir de las cabinas que habían cogido una velocidad alarmante; el carrusel iba cada vez incrementando la marcha, de modo exponencial e incesante; se hizo un absoluto silencio.

Yo estaba en la instalación, con Arturo, el encargado. Nos miramos; su cara todavía somnolienta, empalideció. Unos segundos después salió corriendo hacia el centro de mando que estaba a unos metros de la estación Parc de Montjuïc, allí mismo. Jadeante preguntó a los compañeros qué estaba sucediendo, y ordenó que inmediatamente se rebajase la velocidad del Teleférico hasta su paro total; las caras de estupor de los clientes que iban sucediéndose en las cabinas era espeluznante. Pese a lo crítico de la situación, Arturo actuó diligente, enfocado, ejecutando los protocolos establecidos para estos casos de emergencia que, a pesar de todo, inexplicablemente, no sirvieron de nada!

Apresuradamente alertamos a las autoridades: cinco dotaciones de bomberos acudieron en unos minutos, y otras tantas de Mossos; acordonaron la zona, despejaron los transeúntes que, incrédulos ante semejante suceso, lo contemplaban con respiración contenida.

Yo me dirigí al centro de control, donde Arturo trataba de explicar a las autoridades cómo funcionaban los dispositivos de mando de la instalación y dónde estaban los registros y tomas de corriente. Los telemandos aparecían negros, apagados, sin registros ni datos; mientras tanto las cabinas volaban en el circuito que enérgicamente seguía girando sin cesar, ellas subiendo y bajando con un estruendo espantoso. No éramos capaces de parar el Teleférico!!!

De repente, en medio de la gran multitud de personas que se habían concentrado en la Avenida Miramar para contemplar el surrealista espectáculo, una mujer corpulenta, con el cabello alborotado, y la mirada perdida en el infinito, avanzó hacia nosotros; y, abriendo los brazos como si dirigiera su discurso a un gran auditorio gritó: “Animae errantes, ad domos vestras revertimini!!!” -que, en castizo español significa: “almas erráticas, volved a vuestros hogares!!”; lo repitió hasta cinco veces, ante la mirada atónita de los allí presentes, quienes en una sexta ocasión se sumaron a la exhortación, convirtiéndola en un mantra comunitario.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Y, entonces, poco a poco fue reduciéndose la velocidad de las cabinas, mientras una niebla discurría entre el acero del cableado.. bruma que iba tomando formas humanas, rostros, cuerpos... y se desvanecía por la montaña de Montjuïc, cual una estela fantasmal de criaturas juguetonas...

Arturo, más blanco todavía, me miró de nuevo y me dijo en un susurro, pensativo:

- Judit, ¿qué día es hoy??? ¿1 de noviembre???

Y con una sonrisa respondí:

- Claro... las almas, en su día de Todos los Santos, aprovechan también para celebrar... ¿o estarán siempre esperando al otro lado de Montjuic, en su soporífero cementerio?

**quique.**

# La llegenda del Telefèric...

¿Sabeu per què el telefèric de Montjuïc no obre per les nits? ....

... Conta la llegenda que hi va haver un temps on el Telefèric obria fins les tres de la matinada, i així, sobretot a l'estiu, les famílies de la ciutat podien gaudir de les vistes de Barcelona sota un cel estrellat, i diuen que les nits de lluna plena hi havia cua llarga per pujar-hi perquè t'impregnava la sensació d'estar passejant per l'univers, al balanceig de les cistelletes.

Al cap d'un temps, pels matins, quan el personal de manteniment es disposava a treure el servei, trobava que les cabines apareixien plenes de teranyines, rames d'arbres, fulles, borrisol i pols de fada... els vidres enganxifosos i plens d'uns líquids llefiscosos que oloraven a podrit; van haver de comprar nous productes de neteja i doblar el personal dedicat a deixar-ho tot net i en condicions per obrir portes. Aviat la Direcció de l'empresa va començar a notar aquesta despesa exponencial de recursos i va preguntar:

- Què? Grafits? Noo? Grafitis no? Vandalisme urbà? Però, de quin tipus?

I va demanar que un equip d'investigació recollís proves del que passava per denunciar davant les autoritats.

I així va ser com l'Arturo, que era el Responsable d'Explotació d'aleshores, va programar una nit fer acampada a Montjuïc, amb el seu equip d'unes sis persones, un cop acabat el servei i, avituallats amb càmeres de vídeo i fotografia, van esperar esdeveniments. Ben camuflats de cap a peus van amagar-se entre la fullaraca a vigilar. Ja portaven un parell d'hores esperant, alguns mig endormiscats, quan, de sobte, van començar a escoltar uns xiuxiueigs, uns remors rítmics que venien d'amunt la muntanya i que s'anaven apropant, i unes llumetes que dansaven amb el so.

Ràpidament van posar en marxa els dispositius per fer un reportatge de tot plegat, amb els cors accelerats... amb els batecs tant sonors que feia por que els delatessin! El que veien era increïble: una colla de fades, follets, nimfes, simiots, nyítols, minairons apareixien per tot arreu i ballaven i guimbaven per damunt les cabines del Telefèric, s'hi penjaven i saltaven d'una a l'altra agafats del cable, deixant al seu pas tot de babes i excrements.... era un espectacle simplement indescriptible, màgic, irreal.. però allí estaven ells, bocabadats; ja cada vegada eres més éssers màgics en un espectacle de dansa i xerinola que no podien deixar de mirar meravellats: les cuques de llum il.luminaven l'escenari, i els gnoms i els elfs corrien per arreu empaitant-se! I l'equip, un cop passat l'ensurt inicial, vinga a fer fotos i enregistrar.

L'endemà, l'Arturo al capdavant amb els companys, van presentar-se a les oficines centrals de la Companyia, amb tot el material enregistrat; però, quan es disposaven a exposar-lo a la Direcció.... què va passar diu la llegenda???? Que tot estava negre com el carbó!

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

– que què dieu que hi havia? fades? però què esteu dient? I amb això hem d'anar als mossos? A dir-los que les fades, els follets i els gnoms ens destrossen el Telefèric per les nits?? Ja.....

Però l'Arturo, professional reputat, que coneixia Montjuïc de feia anys, gran amant de la natura i dels boscos, els va dir:

– Potser hem d'entendre que no hi estem sols en aquell indret, que no és nostra la muntanya i que potser hem d'aprendre a compartir-la amb els qui en són de dret els propietaris.

I el Telefèric, de llavors ençà, tanca a les nou com a molt tard; després, les criatures gaudeixen del seu espai... a la Muntanya Màgica.

**morgan.**

## Viatge màgic amb Telefèric

-Escolteu...-vaig començar a dir mentre acompanyava el relat amb gestos. -Us heu fixat que a la ciutat ja no hi ha cotxes, ni autobusos, ni metro, ni motos??; en un últim intent per salvar el Planeta, a Barcelona hem deixat només el Telefèric de Montjuïc com a mitjà de transport, a més de les bicicletes i l'anar a peu! ho sabíeu això? Sí, l'hem allargat per tot arreu, arriba a tots els barris, amb una xarxa intricada de cablejat que sobrevola els carrers, com si una aranya hagués entreteixit una extensa teranyina per arreu; (fins i tot algú ha escrit a les Xarxes Socials que ha vist l'Spiderman, que ja no sé si creure-m'ho!); i és per això que el trajecte es perllonga; segurament ens hem equivocat i hem pujat a la línia que va al Tibidabo, d'una hora de durada, enlloc de la que porta al Castell de Montjuïc, que només tarda 10 minuts!.

La jove, que devia ser la mestra, i que anava a la cabina amb la resta de sis nens i nenes de l'Escola Tres Pins, alguns sords, va començar a relaxar el rictus..., i se li va escapar un sospir.

Haviem pujat a la cabina feia ben bé mitja hora.. però als pocs minuts de sortir de l'Estació Motriu, una espessa boira va envoltar-ho tot, no es veia més enllà de cinc centímetres, i el verd de la muntanya va deixar pas a un gris fosc que s'esquinçava rítmicament amb blau dels esquitxos d'una pluja intensa que colpejava amb força el vidre de la cabina...Avançàvem.. ens aturàvem... balanceig... i... stop!, i sant tornem-hi!... res de les espectaculars vistes a Barcelona que habitualment podien veure's des d'allà dalt. Devíem haver donat ja un parell de voltes al circuit habitual i, els nens, les nenes i la mestra van passar de fer broma, riure, i fer veure que es divertien com en el millor dels parcs d'atraccions, a posar-se blancs, obrir els ulls com a plats i fitar-se amb espant a mesura que passava el temps.. així que vaig empassar saliva i, amb un to misteriós i alhora segur, vaig explicar-los aquesta història amb la que he començat el relat; llavors, es van anar relaxant mentrestant em miraven fixament, com si entendre el que passava i veure'm tranquil.la els reconfortés.

- És clar..., si ens hem equivocat i hem de creuar la ciutat fins al Tibidabo amb aquest dia plujós, això ens portarà una mica més de temps i una mica de moviment...-va xiuxiuejar la mestra mirant-me de reüll i forçant un somriure.

I així va ser com tots els que anàvem dins la cabina vàrem tornar a fer broma, a mirar per la finestra, distesos.

Vint minuts més tard, ja amb la pluja més esmorteïda i la boira dissipada, va es va aturar el Telefèric i es van obrir les portes de la cabina; estàvem novament a Motriu, i un auxiliar del Telefèric ens va convidar a baixar; quan tots vam ser a l'andana novament, veient que érem allà d'on havíem sortit, i no al Tibidabo com els havia augurat, em van observar sorpresos, sense entendre ben bé res; una moto va passar sorollosament per l'Avinguda Miramar, i el Bus Turístic s'albirava per darrera....

Els vaig picar l'ullet, i els vaig cridar allunyant-me: -que tingueu un bon dia noies i nois! Gaudiu de la Muntanya Màgica!-

**morgan.**

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

## Bon viatge

La màquina vermella és el primer que veig en baixar a l'estació.

Venda de tiquets. Les seves lletres blanques m'indiquen cap a on he d'anar.

Selecciono T-casual. Deu viatges. Per començar, està bé.

No, no tinc targeta T-mobilitat.

Confirmo i pago.

La màquina em torna el canvi amb un so metàl·lic.

La targeta cau a la safata un instant després. L'agafo, respiro a fons i la retinc uns segons entre els dits.

Deu viatges.

Deu intents per tornar a ser jo.

Deu intents per aprendre a viure sense tu.

Feia molt que no baixava al metro.

M'adreço a la línia de peatge i apropo la targeta al lector.

Bon viatge. Saldo 9 viatges.

S'obre el pas. Dubto. Creuo amb l'angoixa bullint al pit. Lluito amb la pena que m'ha mantingut aturada durant mesos. Sé que he d'avançar. Respiro a fons i camino. Avui només importa això: caminar.

Bon viatge. Saldo 8 viatges.

El dolor continua amb mi. Les mans em tremolen. Sento els batecs del cor ressonant per tot el cos. Avanço. Baixo les escales. Quan arriba el tren, entro. Aguanto. Aguantar també és avançar.

Bon viatge. Saldo 7 viatges.

Aixeco la vista. Miro les persones que m'envolten. La seva vida es mou. Jo em sento estàtica. Però dins el tren el moviment és compartit. Jo també em moc.

Bon viatge. Saldo 6 viatges.

Respiro a fons en entrar al vagó. L'aire entra dins meu a poc a poc. Sento que torno a ocupar espai. Torno a sentir-me.

Bon viatge. Saldo 5 viatges.

El record arriba de cop. Nítid. Amb la força del que ja no tornarà. Em travessa. No fujo. Sento el dolor i, així i tot, continuo dempeus.

Bon viatge. Saldo 4 viatges.

Miro el meu reflex a la finestra. Els meus ulls ja no estan completament apagats. El verd esperança hi torna. Tènue, però viu.

Bon viatge. Saldo 3 viatges.

Cedeixo el meu seient a una dona gran. Em dona les gràcies. Somric. És un petit somriure, incipient, però és el meu.

Bon viatge. Saldo 2 viatges.

Deixo de comptar estacions. Em deixo endur pel moviment del tren. El dolor encara hi és, però em sorprenc mirant al meu voltant més tranquil·la. La vida continua. I jo hi torno a ser, a poc a poc.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Bon viatge. Saldo 1 viatge.

Miro el saldo a la pantalleta i entenc el camí recorregut. No superaré la teva absència, això no se supera, però estic aprenent a caminar amb ella.

Bon viatge. Saldo 0 viatges.

Travesso la línia de peatge sense dubtar. Baixo a l'andana amb pas ferm. Entro al tren amb una nova certesa: el dolor ja no és una àncora, és una part de mi que m'acompanya sense impedir-me avançar.

Surto al carrer. Guardo la targeta al moneder.

L'hauré de recarregar.

S'ha quedat sense viatges.

Jo, en canvi, em sento recarregada.

Tot just he començat el meu viatge.

**Ikigai.**

# La certesa

Sempre vaig saber que estava predestinada a trobar-te, que algun dia les nostres vides es creuarien. No era una idea concreta ni una obsessió, sinó una intuïció suau, persistent, com aquelles melodies que no saps quan van començar a sonar, però que sempre t'acompanyen.

A vegades creia saber fins i tot el teu nom.

Noah.

No sé per què aquest nom ressonava al meu cap i produïa una calidesa serena en totes les meves terminacions nervioses, com si en pronunciar-lo en silenci alguna cosa en mi trobés el seu lloc.

No et buscava, no patia, ni em preguntava quan succeiria. No hi havia ansietat ni impaciència.

Simplement, vivia la meva vida, avançava tranquil·la cap a un destí escrit molt temps abans que ni tan sols jo l'intuís.

No hi havia una intensa sensació ni res que deliberadament em fes caminar en una direcció concreta. No hi havia senyals evidents ni casualitats inesperades.

Tan sols existia una certesa que habitava dins de mi i que, de manera silenciosa —oculta fins i tot— m'acompanyava com una carícia que al capvespre reposés en la meva ànima.

A vegades, en moments molt concrets —en escoltar una certa cançó, en veure a dos desconeguts somriure's en una andana, en notar l'aire fred fregant-me la pell—, aquesta certesa es feia una mica més nítida, com si volgués recordar-me que seguia allà.

Avui, el bip-bip de les portes m'avisava que el tren iniciaria aviat el seu camí. L'andana estava plena de sons: passos precipitats, maletes rodant, converses a mig fer, el murmuri metàl·lic dels trens sobre la via.

Un tren arriba a l'estació i desprèn una ràfega d'aire temperat just en estacionar, quan es prepara per embarcar als nous passatgers.

Just quan es tancaven les portes, vas sortir disparat. T'havies despistat i gairebé et passes de parada. Et vaig veure aparèixer de sobte, amb la respiració agitada, el gest urgent, l'abric sense tancar.

En la teva precipitació topes amb mi, que, prudent, no havia volgut accedir al tren. Un petit cop que em fa aixecar el cap.

Enfront de mi, tu.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Frenes bruscament davant meu.

Durant una fracció de segon tot continua movent-se al nostre voltant —la gent, el tren, el soroll—, però entre nosaltres dos el temps resta immòbil.

Em mires sorprès.

Jo, estic atrapada dins els teus ulls, verds, intensos, estranyament familiars.

En ells hi ha alguna cosa que reconec sense haver vist mai, alguna cosa que em sembla coneguda.

I, sense adonar-me'n, sense decidir-ho, sense ni pensar-ho, el teu nom brolla dels meus llavis, directe, com si sempre hagués estat esperant aquest moment.

—Noah.

Les teves pupil·les s'obren a penes una mica més. Hi ha un segon de silenci, un batec suspès, i llavors somrius amb una mescla de sorpresa i certesa.

—Elsa —dius tu al moment.

I en la suavitat de la teva veu, en pronunciar el meu nom, et reconec.

**Elmar.**

# El retrat

A la Lola li encanta dibuixar. Sempre ha tingut el do de capturar les arrugues de l'ànima, sobretot en retrats, però no va ser fins que va patir una gran pèrdua que va agafar els carbonets amb freqüència. Des d'aleshores, no ha pogut parar.

Ja no dibuixa per teràpia, sinó per pur plaer, per la satisfacció silenciosa de veure com els traços es converteixen en rostres que semblen vius.

Avui, cansada de retratar tots els membres de la família, baixa al metro a la recerca d'inspiració. L'estació està en silenci i l'aire fa olor de ferro i humitat.

La Lola està còmoda aquí; de fet cada dia hi treballa. Està acostumada als sorolls, a les olors i a tot el que envolta aquest espai.

Mentre espera el següent tren, fixa la mirada en una noia que seu en un banc al seu costat. No sap exactament què l'atrau: potser la manera com els cabells cauen suaument sobre l'esquena, o la subtileza d'un rostre que es mostra distant mentre s'abstreu dins el seu propi món.

Una necessitat irresistible de dibuixar-la s'apodera d'ella. La decisió arriba com un impuls, però s'acosta amb timidesa i, amb un lleu somriure, li pregunta si la pot retratar.

Espera feta un manyoc de nervis, perquè mai ha fet una cosa així, mentre la noia la mira estranyada, sense entendre del tot què li proposa. La Lola treu els seus esbossos i li mostra els seus retrats, alguns ràpids, alguns tan detallats que semblen gairebé vius.

Silenci.

Mirades que es creuen.

Finalment, la noia somriu i fa un petit assentiment. La Lola s'asseu davant seu, treu el carbonet i comença a dibuixar.

Cada línia és un petit descobriment: els ulls, els llavis, les mans recolzades amb suavitat sobre les cames. La noia es manté quieta, però els ulls brillen amb una curiositat serena que fa que la Lola s'esforci encara més, si és possible, en el que està fent.

En silenci, totes dues es miren i somriuen amb complicitat mentre la Lola treballa.

Els minuts passen i el tren arriba, però la Lola ignora el soroll que s'acosta; està concentrada en els traços que dibuixen l'essència d'aquella estranya connexió que s'ha creat entre elles.

Mai no havia dibuixat tan de pressa, amb tanta urgència, però amb delicadesa alhora. Cada detall sembla tenir un ritme propi, com si el temps s'hagués aturat a l'estació.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Passa una estona, i la Lola té llest el retrat de la noia desconeguda que s'ha atrevit a dibuixar. Sap que no pot retenir la noia més del necessari. Amb una mica de vergonya, li mostra el resultat.

La noia s'inclina per mirar-lo, sorpresa i emocionada, els ulls brillants per l'emoció.

— És fantàstic — diu amb veu tremolosa.

La Lola li entrega el dibuix. La noia l'abraça sense pensar-s'ho, i en aquell gest es fonen la gratitud, l'admiració i una complicitat silenciosa que totes dues senten i entenen sense paraules.

Es miren còmplices, i després, satisfetes, continuen cadascuna el seu camí.

**Paitida.**

# Heus-la aquí.

Heus-la aquí, la via. Tan bruta, vella, gastada, oxidada. Si t'hi apropes prou fa una pudor que fa caure de cul. Heus-la aquí, doncs, aguantant metres i metres, aguantant una escopinada d'aquell i una llauna de cervesa d'aquell altre. Aguantant dies i nits sense conèixer què son, els dies i les nits; aguantant aquesta llum artificial encesa pel passatge al de dia i pel personal de manteniment a la nit.

I tan poc cas que li fem. I tan que importa, pobra.

Heus-la aquí, la via, aguantant solemnement, com un aqüeducte romà, com una església barroca, com una piràmide egípcia. Tu no ho saps, perquè no t'ho has parat a pensar mai, però aquesta via, de nit i per mans masculines, és acariciada, lubricada, besada, vull dir, fresada, batonada i no sé quants més participis que igualment no entendries.

I així durant quilòmetres i quilòmetres.

I entre tots aquests quilòmetres, entre totes aquestes línies, en un racó, en un revolt, petit, petit, petit, que si t'ho mires dret no es veu, que si t'ho mires de prop tancant una mica els ulls, arrufant el nas i obrint la boca només una miqueta, segurament tampoc no ho veus, de tan petit que és; però si tens la mirada entrenada, i una potent llanterna enfocant just on toca, i una mica de paciència, llavors, llavors sí que ho veus.

La via s'ha fet un pet.

I si la via es fa un pet, tothom a córrer. Ui, ja t'agradaria, ja, veure-ho! Sembla aquella pel·lícula que tan t'agrada, aquella d'aquell actor amb bigoti que es va morir. Si passen metres, que no en passin. Els altres, que es teletransportin cap al pet, i si no s'hi poden teletransportar, que vinguin volant, a l'om d'un cavall o en patinet elèctric. I que vinguin amb no sé quants quilos d'eines per arreglar el pet.

I que ho facin en una fracció de mil·lisegon, si pot ser.

I aquells que tant han volat, cavalcat o conduït un patinet, ara han de foradar, tallar, embridar, connectar, soldar, cosir, arreglar, amorosir, perfeccionar, i no sé quants infinitius més, i ho han de fer més ràpid que el que costa dir-ho, fins i tot més ràpid del que costa dir-ho ràpid.

I tota la ciutat parada.

D'acord, d'acord, tota una ciutat no. Un dels colors de l'arc de sant Martí parat. I ja tens tothom mirant l'hora al telèfon, enfadant-se, sortint al carrer a buscar qui sap què, potser que un coet aparegui a l'instant. La gent, deia, amb la cara vermella, la vena del coll sortint, els punys tancats amb força, amb una expressió de ràbia, d'enuig, d'indignació, com el petit Nil quan li prenen el conill.

Com si el metro fos seu.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

I ho entenc, jo també m'enfadava, de vegades, quan arribava tard. Per culpa d'un pet. Un pet microscòpic que s'havia tirat un objecte inanimat quilòmetres enllà. Però ara ho entenc. Ho entenc, ho acaricio, fins i tot ho celebro. Perquè així tinc feina. Perquè així veig aquell i el de més enllà badant, llegint uns minuts més, perquè aquell altre farà un passeig pel sol de febrer, perquè algú recordarà que no és el melic del món.

Per això la nit.

Per això un grapat d'homes, més que un grapat, unes quantes dotzenes, de nit, cada nit, sense que els usuaris habituals del metro hi pensin ni poc ni gaire, entrem a la via, li cantem, l'acompanyem, la cuidem. Perquè es mantingui, perquè no es queixi, perquè se senti contenta, útil i satisfeta.

Però com sempre, a tot arreu, és imprevisible.

Heus-la aquí, la via. Heus-la aquí.

**Marialluïsa Montllor.**

## Viaje a la niñez

Quien iba a imaginar cuando jugaba por las calles de mi barrio, “Singularlín”, dónde todo mi mundo era ese, mi barrio, con sus pequeñas tiendas, los vecinos de toda la vida, y algunos nuevos llegados de diferentes puntos de la península, y las pocas masías que nos quedaban.... Que algunos años después, para ir al instituto y luego a la Universidad, habría que caminar por esa avenida interminable “les Vinyes”, la avenida que separaba el barrio con el centro de Santa Coloma, a altas horas de la noche, pasando frío y miedo. El miedo de la soledad, de no cruzarte con nadie durante el trayecto. Sin darme cuenta, con el paso de los años, pienso que eso me hizo más valiente en determinadas circunstancias. Era el momento de introspección, de pensar en todo lo vivido ese día.

La parada de metro estaba tan lejos de mi barrio que tenía que caminar 20’ desde la plaza de la Vila, hasta mi casa...Mi madre me decía: “nena coge el autobús”, la famosa “Tusa”, pero yo, para que no gastasen más dinero, iba andando...me sentía mejor conmigo misma, porque contribuía a no mermar la economía familiar.

Cuando por fin se inauguró la parada del metro de Singularlín, la del barrio, la tan ansiada parada de metro.... mi vida había cambiado completamente, ya no era una niña, trabajaba en TMB hacia muchos años...pero ahora la vida me había llevado a vivir en un pequeño pueblo que no tiene transporte público. Ironías de la vida, pero me alegre por esos niñ@s, adolescentes, mis antiguos vecin@s, que ya no tendrán que pasar frío, ni miedo, para desplazarse, a donde quieran, y cuando quieran.

**Lluna.**

# La niña que soñaba en azul

Mi infancia transcurrió en Trinitat Nova, un barrio obrero y luchador, tejido de distintas historias de vida. Mi madre no tenía carnet de conducir, por lo que el transporte público formaba parte de nuestro día a día.

En aquel entonces, la línea 4, nuestra línea amarilla, terminaba en Via Júlia.

Esa estación, desde los ojos de una niña, era una experiencia mágica. Encendían las luces del túnel, dejando entrever sus misteriosas entrañas. Observaba cómo los trenes seguían más allá, custodiados por hombres vestidos de azul, que caminaban al son de infinitas llaves colgando de sus cinturones. Yo preguntaba dónde los llevaban y mi madre respondía que los trenes iban a dormir; —¿Y por qué no podemos ir con ellos? —insistía; —Porque solo pueden ir los hombres de azul —decía ella—; ¡Quiero ser una de ellos! exclamé; —Claro que sí. Podrás ser lo que quieras ser, estoy segura de ello.

Mi infancia estuvo muy ligada al metro. En la calle Aiguablava había unos respiraderos enormes. Nos encantaba ir. Una llevaba las pilas, otra el radiocasete, y bailábamos sobre ellos. Nuestras melenas se elevaban al compás de la música, como si por un instante fuéramos auténticas estrellas del pop.

A veces, uno de aquellos hombres de azul salía por una gran puerta que había más abajo y nos advertía que era peligroso. Nosotras no escuchábamos. Era nuestro momento de gloria en un entorno difícilísimo. Era nuestro refugio, el lugar donde aferrarse a un hilo de esperanza y donde imaginar un futuro incierto, pero lleno de posibilidades. Yo los veía marcharse y pensaba en cómo sería todo detrás de esa puerta.

Los años pasaron y la vida, como tantas veces, encontró un camino inesperado.

Una conocida me comentó que había una convocatoria abierta para trabajar en TMB y que era el último día para inscribirse; —¿Te animas y vamos juntas? —preguntó; —¿En qué consiste? —Conducir el metro. No lo dudé; decidí acompañarla.

Dicen que las mejores cosas suceden sin ser planeadas y eso fue lo que me pasó a mí. Superé las pruebas y empecé como agente de atención al cliente.

Periodos de formación, habilitaciones, adaptación a un nuevo mundo, pero lo relevante aquí fue el día que entré por primera vez a una cochera. Aquel día, me encontré cara a cara con aquellos hombres de azul y sentí que toda mi infancia pasaba por delante de mis ojos. Fue amor a primera vista y lo supe al instante: quería ser una de ellos.

Después de muchos años de esfuerzo, preparación y con el apoyo infinito de muy buenos compañeros, lo conseguí: ser, por fin, una mujer de azul. Fue uno de los días más felices de mi vida. Primero, mecánica en los talleres de Sagrera y, con el tiempo, puerta cocheras, llevándome este último al lugar donde todo había empezado. La línea 4, mi línea amarilla, mi infancia y, desde ese momento, también mi familia.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Y sí, ese día llegó. Vestida de azul, me encontré frente a aquella misma puerta donde había jugado de niña. No pude evitar mirar el respiradero que tantas veces, al ritmo de la música, me hizo soñar con un futuro mejor. Entonces comprendí que los trenes no solo me habían llevado de un lugar a otro, también me habían traído hasta aquí, cerrando un círculo que empezó con una niña mirando un misterioso túnel, preguntándose qué habría al final y sin saber que lo que estaba viendo era en realidad su propio futuro.

**La niña que soñaba azul.**

## Tres quilòmetres de cel

Cada matí, quan el sol començava a encendre els vidres industrials de la Zona Franca, el bus de la línia 23 s'hi acostava amb la puntualitat d'un cor disciplinat. Coneixia cada semàfor, cada vorera, cada rostre mig adormit. Però el que realment esperava era aquell instant elevat, aquell miracle suspès a 6,5 metres d'alçada.

Allà dalt, sobre pilars elegants, el metro automàtic de la L10 Sud lliscava com una idea moderna, silenciosa i segura. Entre les estacions de Zona Franca, Port Comercial, Ecoparc i ZAL-Riu Vell, durant només tres quilòmetres, els seus mons es trobaven en paral·lel.

La primera vegada que es van veure, el bus va fer un petit biiip, tímid, com qui saluda sense saber si serà correspost. El metro automàtic va respondre amb un altre biiip, més suau, gairebé una carícia metàl·lica.

Des d'aleshores, cada matí repetien el ritual. Quan coincidien, el bus activava el clàxon amb entusiasme i el metro responia amb una vibració alegre. Els passatgers del bus aixecaven el cap. Els del metro somreien sense saber per què.

—Sempre passa a la mateixa hora. Sembla que es parlin—deien—.

I potser era cert. El bus vivia per aquell instant. La resta del recorregut era només espera. Però un dia, tot va canviar. Des de planificació van decidir que el bus 23 reforçaria la línia X3. Era un ascens, deien els companys.

Seràs part d'una línia més ràpida! —el felicitaven—.

El bus va sentir la notícia com un silenci. Ningú l'esperaria. Ningú li respondria.

Es va anar tornant lent. Trist. Mecànic.

Fins que un matí, dos passatgers parlaven asseguts darrere del conductor.

—Has vist la pel·lícula 'El 47'? —va dir un.

—La del conductor que va segrestar el bus per amor i justícia al seu barri? —va preguntar l'altre.

Una idea li va recórrer els circuits com electricitat viva. Aquell mateix dia, quan va arribar al carrer Foc, el bus va dubtar. Davant seu, el camí recte cap a la Fira. A l'esquerra, el passeig de la Zona Franca. Va girar.

El conductor va arrufar el front, confós. Els passatgers es van mirar entre ells.

—Deu estar avariats... —van pensar.

Però el bus sabia perfectament què feia. Quan va arribar al tram elevat, va mirar amunt. I allà estava. El metro.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Biiiiip. Biiiiiiiiip. —. El so va omplir l'aire com una confessió.

Els passatgers van callar. I l'endemà, va tornar a passar. I l'altre. El bus "s'equivocava" de traçat durant tres quilometres i mig. Cada dia tornava a casa.

A les oficines de TMB, algú revisava incidències sense trobar una causa raonable. Una altra vegada, el X3 s'havia desviat. Una altra vegada, a la mateixa hora. Però també hi havia una altra dada: els usuaris ho esperaven. Ho comentaven a les xarxes socials com una anècdota divertida, com una llegenda urbana.

Aquell mateix vespre a la seu de les oficines de Zona Franca, una nota va quedar escrita en un informe, gairebé com una rendició:

"—X3: Recorregut modificat. Actualitzar tireta — Potser algunes línies no només connecten llocs."

**Celdepigues.**

# Ningú

A ningú no li era difícil passar desapercebut, caminava absent del món i els paisatges. Les mirades furtives de les persones al seu pas relliscaven, fugien empentades pel vent de la indiferència.

Era llavors quan els ulls li anaven al terra i volia xisclar, esvalotar l'entorn, no ho feia, no li agrada cridar l'atenció.

A vegades agafava el metro per sentir-se sol, acompanyat, fos entre la gent amagada darrere l'última aplicació de moda.

Un dia el van intentar robar l'esperança, el carterista que fa el torn de tarda a l'estació del seu barri no es va adonar que la butxaca de la jaqueta, on guarda les últimes oportunitats, estava buida; el dia abans, amb la motivació de qui només li queda una opció impossible va intentar ser visible.

Va marxar la llum de tot el barri, ningú es va adonar.

**Merq.**

# Un balcó de Girona

Feia la xim-xim aquell migdia de primavera a la ciutat. Des del seu balcó, asseguda i arropada amb una manteta de punt de cintura cap avall, la Júlia mirava el traginar caòtic de les persones que sortien i entraven a pas lleuger per la boca de metro de Girona.

La història llarga d'aquell pis de l'eixample on vivia la testimoniaven els grans vitralls modernistes colorits que abraçaven aquell balcó, alhora xops i regalimosos, i que els primers raigs de llum que esquerdaven els núvols els convertien en un calidoscopi. El va heretar de la iaia Mercè l'estiu de feia dotze anys, quan ella en tenia vint-i-cinc, després d'uns últims dies a l'Hospital de Sant Pau on es va apagar per sempre mentre la Júlia li va agafava la mà.

Des de la seva cadira, la Júlia contemplava les anades i vingudes i disseccionava atentament els usuaris de la xarxa subterrània.

Una dona amb un cabàs, del que en sortien les fulles verdes d'un porro, semblava venir atrafegada del mercat de la Concepció i, amb les mans ocupades, cercava la seva T-Mobilitat a les butxaques humides dels pantalons.

Un jove s'encén una cigarreta, ansiós i sota un paraigües, mentre surt del metro. Amb l'altra mà parla per telèfon mentre mou el cap, assentint en moments, negant en altres, i apujant el to de veu a cada frase. ¿Seria la seva novia amb la qual estava tenint una crisi? ¿Potser el trucaven de la feina? O potser era la mare, enfadada perquè ell es perdria un altre cop el tradicional dinar dels diumenges

El balcó havia sigut testimoni d'infinat de contes inacabats: de somriures i mans entrellaçades, d'històries de lluites al carrer dels més desheretats, de nois no tant joves però amb cabells tenyits de lila, amb auriculars i pas accelerat; de batudes de refugiats i de passejades alegres amb una rosa ufana i un llibre sota el braç; i d'aixoplucs sota les voltes de l'edifici del davant on dos amants amb els ulls brillants s'acomienaven amb un petó que sembla aturar el temps.

Una noia ajuda a baixar per les escales a un ancià que frega els noranta i que havia contemplat gran part de la construcció d'aquell indret. Es somriuen i fan d'aquell gest quotidià un moment dolç, un exemple més de les tantes històries que des de l'accident havia contemplat la Júlia, i que l'ajudaven a remuntar la seva esperança des d'aquell fons tant fosc: el dia que els metges li van donar la notícia que estaria asseguda en aquella cadira de rodes per la resta de la seva vida.

Evocava dins seu aquelles vides alienes que transcorrien davant dels seus ulls i fantasiejava, amb marriment des del balcó, tot el que hauria pogut ser. Però també sentia el que encara ella podria viure a l'auca de la vida, ara que a la boca de metro de Girona s'hi havia instal·lat aquell anhelat ascensor.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Mil rondalles viscudes aguantant cap a fora; però l'empenta de les noves possibilitats l'excitava i frissava, sabent que en serien mil més, o potser encara més, ara que començava un nou camí amb ella com a protagonista.

Va somriure quan en Jordi la va avisar des del menjador. "Amor, és l'hora de dinar. I afanyem-nos. No volem arribar tard a la sessió del cine".

**Mordercai Green.**

# Sistema nervioso

Soy un observador profesional de lo cotidiano, un antropólogo de asfalto y de subsuelos, que utiliza su tarjeta T-Usual como pase VIP al mayor espectáculo del mundo: la red de TMB.

Mi mañana comenzó en la L3.

Mi coche, mal llamado vagón (los vagones llevan animales o mercancías), era un ecosistema en perfecto equilibrio. A mi izquierda, una señora leía un libro de poemas con una serenidad que desafiaba el traqueteo de las vías; a mi derecha, un joven con auriculares intentaba no quedarse dormido mientras su cabeza marcaba el compás de un techno invisible.

Me gusta pensar que el Metro no solo transporta cuerpos, sino también diversidad culturales e historias en potencia que se rozan sin llegar a colisionar. —  
Pròxima estació: Catalunya. Enllaç amb L1, L6, L7... — anunció la voz, con esa dicción perfecta que es la banda sonora de nuestras vidas.

Decidí cambiar de aires y probar la superficie.

Al salir, el sol de Barcelona golpeaba con ganas.

Me subí a un bus de la red H, no me acuerdo el número.

Era uno de esos vehículos articulados, de cero emisiones, totalmente accesible (¿qué más puedo pedir?), que maniobran por la cuadrícula del Eixample con la elegancia de un delfín en mar abierto.

El conductor, un veterano con reflejos de piloto de Fórmula 1, sorteaba furgonetas de reparto, taxis, motos, patinetes y bicicletas con precisión quirúrgica.

Lo divertido ocurrió en los asientos traseros del bus.

Dos turistas intentaban descifrar un mapa, convencidos de que el Telefèric de Montjuïc se cogía "subiendo un poco la calle".

Con un tono amable y profesional, un pasajero local les explicó, en un spanglish admirable, que el viaje hacia las alturas requería un poco más de logística pero que valía cada segundo por las vistas de la ciudad.

—It's like flying over the city, tu sabes? —decía él, gesticulando con las manos.

Al bajarme, me quedé pensando en la coreografía invisible que coordinamos cada día. Miles de personas, cada una con su drama o su alegría a cuestas, compartiendo un espacio común de forma eficiente.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

El transporte público es el sistema nervioso de la ciudad; nosotros somos los impulsos eléctricos que la mantienen viva.

Llegué a mi destino con una sonrisa.

Al final, viajar en TMB no es solo ir de A a B; es ese pequeño paréntesis de humanidad donde, entre un transbordo y una parada, todos formamos parte de la misma película.

**Melocotón69.**

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

# Un canvi de vida

En Manel sempre deia que la seva feina no es veia. I ho deia sense orgull ni queixa, simplement com un fet.

-Si es nota -deien els companys.  
-Negatiu -responia en Manel a través del Tetra

Durant més de trenta anys havia treballat al manteniment d'agulles del torn 3 a la xarxa del metro. Nits senceres revisant mecanismes, ajustant motors, netejant sensors coberts de pols i greix i apuntant els paràmetres a les tauletes. Assegurant-se que, quan un tren havia de canviar de via, ho fes sense que ningú ho percebés.

Ni un soroll estrany. Ni un retard.  
Res.

El dia de la seva jubilació no va passar res especial. Un parell d'aplaudiments, uns croissants de comiat, un rellotge gravat i un "ja ens veurem". L'endemà, el metro va continuar funcionant igual.

Tal com ell sempre havia dit.

Aquell matí, setmanes després, en Manel va decidir agafar el metro per anar a veure al seu marit, sense pressa. Sense horaris. Sense torn.

Només per fer un trajecte qualsevol, s'hauria d'acostumar, ja no havia renovat el carnet de conduir.

Va baixar a l'andana de Can Zam i es va asseure. Observava la gent: ulls al mòbil, presses, cares llargues. Tot li resultava familiar, però distant. Per primera vegada, ell no formava part d'aquell engranatge.

Quan el tren va arribar, va pujar i es va quedar dret, prop de la porta.

El metro va arrencar suau. Una estació. Després una altra.

I llavors ho va notar.

Un canvi gairebé imperceptible en el moviment. Una lleugera desviació. El so metàl·lic, sec però precís, d'un canvi d'agulla.

Clac.

Ningú més va reaccionar.

Ni una mirada. Ni un gest.

Però en Manel sí.

Els seus ulls es van il·luminar lleugerament.

Va mirar al seu voltant, com si volgués comprovar si algú més ho havia sentit. Però no. Per a la resta, el trajecte continuava igual.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Normal.

Perfecte.

Va somriure sense adonar-se'n.

Va imaginar aquell punt exacte de la via que tants cops havia revisat. L'agulla neta, ben alineada. El motor ajustat al mil·límetre. El sistema responent en el moment just.

Va pensar en cada nit.

En el fred i l'aire. En les mans brutes de greix. En les revisions que semblaven repetitives. En els cops que havia tornat a començar perquè alguna cosa no li acabava de quadrar.

Tot per aquell instant.

Per aquell clac que ningú escoltava.

El tren va continuar avançant, encadenant estacions amb la precisió de sempre. I, de sobte, en Manel va entendre alguna cosa que mai s'havia plantejat de veritat.

Que la seva feina no era invisible.

Era silenciosa.

I gràcies a això, milers de persones arribaven cada dia al seu destí sense pensar-hi.

Va seure, més tranquil.

Per primera vegada des que s'havia jubilat, no va sentir que hagués desaparegut del sistema.

Hi seguia assegut.

En cada canvi de via.

En cada trajecte que funcionava.

Quan va baixar del metro, es va girar un moment per mirar com marxava el tren.

Clac.

Un altre canvi d'agulla, ja a la distància.

Va assentir lleugerament, com si validés una feina ben feta.

I va continuar caminant.

Sense fer soroll.

Com les agulles que havia cuidat tota la vida...

Canviant el rumb de milers de persones,

sense que ningú sabés mai el seu nom,

ara era el torn d'ajustar la seva via.

**Mandonguilla Voladora.**

# Mi mañana en el bus

Son las 7 de la mañana y salgo de la cochera con “mi bus” dirección plaza Cataluña, ahí tengo esperándome varios usuarios ya conocidos. Entre ellos un papá que despide a su hija, la cual deduzco que es el primer año que viaja sola en bus. Más tarde, a las cuatro paradas siguientes, sube una niña muy simpática, es fija en mi turno. Ya en la Diagonal el autobús empieza a estar lleno, pero intento que todo el mundo pueda subir, me sorprendo al ver que nadie se queja, caras conocidas de cada mañana y saben que en dos paradas el autobús se vuelve a vaciar. En la parada siguiente se vuelve a llenar, es la última de la Diagonal, casi todos son estudiantes, en la segunda parada de Av. Pedralbes el bus se vuelve a vaciar y sube una niña que me sonríe, también fija en mi turno.

Porque explico esto... porque estas sonrisas, esta paciencia a pesar de viajar incómodo, hacen que empiece mi jornada con energía y con alegría. Evidentemente que no todos los días son así y que hay días malos para todos, pero me quedo con esta rutina, que es la mía y que hace que me sienta feliz de llevar un autobús en Barcelona.

**Tania. Línea 63.**

# La platja

Maria no va apartar la mirada del seu mòbil ni per entrar al vagó del metro. No li calia. Portava realitzant aquest mateix trajecte a diari des de feia gairebé dos anys. Coneixia de memòria el camí i no li interessava el més mínim la realitat que l'envoltava. Per a ella, el més important en aquell moment era comprovar l'abast de la seva última publicació en xarxes socials. Havia penjat un vídeo realitzat amb intel·ligència artificial en què se la veia a ella somrient a càmera en un tràveling de 360 graus en una platja caribenya, sola, sense ningú al seu voltant, amb un hotel de luxe al fons envoltat per un paisatge idíl·lic. Esperava que aquest vídeo funcionés, perquè cada vegada era més difícil distingir la ficció de la realitat i la gent podia arribar a ser molt aspiracional. Si amb aquest vídeo aconseguia augmentar el nombre de seguidors inundaria el seu perfil amb publicacions realitzades amb IA per no perdre tant de temps amb publicacions reals tal i com havia fet fins ara.

La jove va desitjar poder estar en una platja com aquella almenys un cop a la seva vida. Quan el comboi es va aturar, i les portes es van obrir, l'escenari que va aparèixer davant dels seus ulls era exactament el de la seva publicació: aquella platja, aquell hotel, aquelles palmeres. Maria no podia donar crèdit del que tenia davant. Va mirar a un costat i a l'altre esperant trobar a algú amb la seva mateixa cara de sorpresa, però tothom seguia concentrat en les seves coses sense parar atenció al meravellós paisatge que tenien davant. Semblava que ningú més podia veure-ho, només ella. La resta de passatgers veien la mateixa estació i les mateixes cares de sempre. La dona va sortir del vagó lentament i es va endinsar en aquell escenari sense acabar de creure's el que li estava passant.

Tot al seu voltant es va transformar en aquell idíl·lic lloc. Va desaparèixer l'estació, la gent i el bullici que l'havia envoltat fins a aquell moment per donar pas a una platja deserta en la qual només estava ella, envoltada de palmeres, amb la brisa del mar refrescant la seva cara i el murmuri de l'onatge del mar com a soroll de fons.

La seva roba també era diferent. No anava vestida amb la mateixa roba que s'havia posat aquell matí. Portava un bikini, un pareo, un barret i una bossa de platja. Exactament igual que en el vídeo que havia fet amb intel·ligència artificial. « Què és tot això? », es va preguntar desconcertada. Va girar sobre si mateixa i va comprovar que el paisatge al seu voltant era exactament l'esperat. Unes palmeres enormes amb les seves copes balancejant-se suaument pel vent quedaven ara davant d'ella i un camí que semblava portar a un enorme edifici blanc amb pinta d'hotel elegant s'obria pas entre la vegetació.

Durant uns segons va dubtar sobre què hauria de fer. Què havia passat? Feia uns segons es trobava embarcada en un vagó del metro de Barcelona i ara, com per art de màgia, estava ficada amb els peus a la sorra d'una platja paradisiàca. S'havia donat un cop al cap? Estava a l'hospital? Havia d'anar cap a l'edifici blanc per veure si tot allò era real? Va decidir que cap d'aquelles preguntes era important.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Estava allà i no pensava malbaratar aquella ocasió. No importava si el que estava veient era real o un producte de la seva imaginació. Tenia intenció de gaudir-lo tant com pogués. Va deixar la bossa, el pareo i el barret a la sorra, i es va acostar a les onades amb el propòsit d'endinsar-se a l'aigua i quedar-se allà per sempre.

**Skywalker.**

# Gràcies senyor Martí!

Vull agrair públicament l'actuació del senyor Martí, el cap d'estació d'El Coll - La Teixonera, el passat dilluns. I no se m'acudeix millor manera que aprofitar aquest magnífic i oportú concurs de relats.

Tot va començar en una de les meves passejades nocturnes quan, cap a les cinc, vaig sentir un soroll estrany. Es van obrir les portes del metro i una llum amb una "M" vermella es va encendre de cop. Tot seguit, les escales mecàniques es van posar en marxa, com convidant-me a baixar.

«Quin invent tan pràctic: pots baixar sense moure't, com si fossis una estàtua», vaig pensar mentre baixava fent poses.

No em podia imaginar el que vindria després.

Fent el burro, em vaig quedar enganxat just on s'acaben els graons, a aquella reixeta metàl·lica amb punxes que es menja tot el que toca. Vaig petar a córrer a l'instant pensant que moriria allà mateix, engolit per una màquina.

Així que corria. Corria sense moure'm. Sempre al mateix lloc, com un beneit. Sense poder deslligar-me. Mort de por.

Llavors va baixar una senyora badallant, mig adormida. Però en veure'm, es va despertar de cop i es va posar a cridar com una boja, com si li haguessin pujat el lloguer. Després va intentar tornar a pujar per l'escala, a contracorrent, que era el mateix que estava fent jo, però voluntàriament. No va poder. Al final, va fer un salt desesperat per sobre meu. Molt atlètic, això sí.

Se'n va anar la senyora i em vaig quedar tot sol, sense poder parar de córrer. Al moment va arribar un home amb uniforme. Era el senyor Martí. Em mirava amb aquella cara de qui no sap si acostar-se o trucar a algú. Va marxar.

Al moment va tornar amb un pal metàl·lic, amb una punta trencada i esmolada. Li vaig veure la intenció i vaig pensar: "Aquest em mata!" Però no. Va donar-li a un botó vermell des de lluny i l'escala es va aturar. Bé. Primer alleujament. Després va colpejar el terra al meu costat, suposo que per espantar-me. Com si calgués. El problema no era la por, era que no em podia moure.

L'escala es va posar en marxa una altra vegada. Torna a córrer! I en això, un senyor es va apropar a l'escala i el senyor Martí li va cridar que no baixés. L'altre se'n va anar remugant. Normal. Això és el Metro.

El senyor Martí va tornar a aturar l'escala, i llavors va fer una cosa que no m'esperava. Es va acostar amb el pal, amb compte, amb una delicadesa que no deia amb aquell ferro rovellat, i em va alliberar. No entraré en detalls perquè va ser desagradable i encara em fa mal si hi penso. Però ho va fer bé, ràpid i, sobretot, ho va fer sense voler fer-me mal. Tot un professional. Això es nota.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Vaig sortir disparat escales amunt, però la maleïda es va posar a baixar una altra vegada i em vaig veure tornant al punt de partida, com en un malson. L'home la va aturar de nou. Aquesta vegada vaig aconseguir pujar i sortir al carrer gairebé sencer.

Vaig perdre un trosset petit de cua. Tampoc és que el necessités gaire, però vaja era meu.

Tot va durar tres minuts, però van ser els tres minuts més llargs de la meva vida.

Això sí, vaig aprendre tres coses aquell dia: que les escales mecàniques són trampes mortals, que has de mirar sempre on poses la cua, i que de vegades, quan estàs fotut i creus que ningú t'ajudarà, apareix un bon home amb un pal trencat i et salva la vida.

Encara que et costi un trosset de cua.

Encara que ell ni tan sols sàpiga el teu nom.

Clar que jo no tinc nom. Soc un ratolí.

Però això es un detall sense importància. No creieu?

Gràcies senyor Martí

**Vedija**

## Otro mundo

Mi última noche en esta ciudad. Hoy el cielo estaba estrellado, con las vistas de Barcelona al fondo, como una bonita y extraña decoración de luces y sombras, con el imponente Tibidabo como protagonista y la Torre Agbar como secundario principal. En este lugar empezó mi aprendizaje y en este mismo lugar acabará.

Miro el reloj una vez más, mientras mi mente vuelve a la primera vez que estuve aquí.

Había aterrizado, literalmente, hace diez años en esta ciudad. No me costó demasiado encontrar una habitación de alquiler en un barrio de la Barceloneta, mientras buscaba trabajo y aprendía catalán, un idioma que me resultaba fascinante. Gracias a mi capacidad de adaptación, llegué a entenderlo y hablarlo a la perfección en menos de un mes.

Un día encontré una oferta de trabajo en un periódico que leía a diario. Buscaban agentes de atención al cliente para el metro de Barcelona. No me lo pensé. Preparé un currículum sin muchas expectativas de que me llamaran, pero, por suerte, me equivoqué. A la semana ya estaba haciendo las pruebas de acceso y, dos semanas después, me comunicaron que había aprobado. Tras la revisión médica, conseguí el trabajo: conduciendo trenes y también en estaciones, atendiendo dudas y ayudando a los usuarios a comprar sus billetes.

Unos pasos torpes apartaron mis pensamientos. Era un jabalí, seguramente buscando comida. Tras un breve cruce de miradas, el animal siguió su camino soltando un gruñido.

Entonces me vinieron los recuerdos del día anterior. Mi despedida. Mis compañeros, con los que tantos años había trabajado codo con codo, me organizaron una despedida con regalos y algo de picoteo antes de empezar la jornada laboral. Siempre me he sentido muy querido y valorado en el trabajo, sobre todo después de aquel incidente en el andén de La Sagrera, donde salvé, gracias al desfibrilador, la vida de un hombre que estaba sufriendo un infarto.

Recibí aplausos de los pasajeros allí presentes, cuando muchos ya lo daban por muerto. Aquel hecho me dio cierta notoriedad, hasta el punto de que me hicieron una entrevista para un portal digital llamado Gent TMB, muy conocido entre empleados y usuarios del transporte público.

Cuando pedí la excedencia, hace aproximadamente un mes, sorprendí a todos.

El trabajador “modelo” se iba de la empresa para emprender otros caminos, metas que nada tenían que ver con los trenes.

—Si ellos supieran... —murmuré, soltando una ligera carcajada.

Un ruido procedente del cielo me sobresaltó. Volví a mirar el reloj. Eran ellos.

Recull de relats de la categoria  
Personal de TMB

Una nave gigantesca, de forma ovalada, pasó por encima de mi cabeza y aterrizó a unos metros de donde me encontraba, tumbando un pino y arrastrando varios matos de hierba húmeda a su paso.

Me levanté y caminé hacia ella.

La nave se elevó unos metros del suelo y un haz de luz vertical descendió. Era el sistema de teletransporte. Dentro, todos me esperaban.

Para ser mi primera misión en la Tierra, no se me había dado nada mal.

Todo lo aprendido durante estos diez años serviría para salvar la crisis de mi planeta. La información recopilada sobre la Tierra, un mundo mucho más avanzado que el nuestro, podría ser la clave para sobrevivir. Aún había esperanza.

Antes de cruzar el haz de luz, eché una última mirada a Barcelona. Tan viva, tan luminosa... tan humana.

La iba a echar de menos.

Mientras ascendía lentamente hacia la nave, un último pensamiento cruzó mi mente: El metro es otro mundo.

**Ivanhoe.**

